



LH

HUMANIZACIÓN, PASTORAL Y ÉTICA DE LA SALUD

**Día del Enfermo.
María,
icono de la
confianza y del
acompañamiento.**

LA
BOR
HOS
PITA
LARIA

n.314

ENERO/FEBRERO/
MARZO/ABRIL

1/2016

Hermanos de San Juan de Dios Provincia de Aragón - San Rafael

Año 66. Tercera Época
Enero/Febrero/Marzo/Abril
Número 314. Volumen XLVIII

Consejo de Redacción

Dirección - José Luis Redrado, O.H.

Coordinadores

Ética de la Salud - Margarita Bofarull, rscj
Pastoral - Rudesindo Delgado
Humanización - Amèlia Guilera
Administración - Dolores Sáenz
Coordinación - Lluís Guilera Roche
Redacción - Maite Hereu

Consejo Asesor

Humanización - Anna Ramió,
Laura Martínez
Pastoral - Marije Goikoetxea,
Jesús Martínez, Meroé Puig Pey
Ética de la salud - Manuel de los Reyes López,
Juan Ramón Lacadena, M^a Pilar Núñez-Cubero

Dirección y Redacción

Curia Provincial
Hermanos de San Juan de Dios
Doctor Antoni Pujadas, 40
Teléfono. 93 630 30 90
08830 Sant Boi del Llobregat - Barcelona
laborhospitalaria@ohsjd.es

Fotografías

Carles Salillas

Abstracts

Vince Morera

Información y suscripciones
laborhospitalaria@ohsjd.es

www.ohsjd.es
www.laborhospitalaria.org

Publicación autorizada por el Ministerio
de Sanidad como soporte válido.

Ref. SVR nº. 401
ISSN 0211-8268 - Dep. Legal: B.2998-61
COLOR DIGITAL - BCN



Editorial. p6

Mensaje del Papa Francisco para la Jornada Mundial del Enfermo 2016. p8

01/Antropología de la confianza. p12

José Ramón Matito Fernández

02/La confianza en Dios en el antiguo testamento. p24

Teresa Ruiz Ceberio

03/La confianza de Jesús: "No tengáis miedo". p36

Francesc Ramis Darder

04/Maria, icono de la confianza. p48

Carlos Amigo Vallejo

05/Iconos de la confianza en Dios: San Vicente de Paul. p56

M^a Angeles Infante

Normas de Publicación

Normas generales para la presentación de artículos.

1. El manuscrito deberá realizarse utilizando el programa **Word** como procesador de texto y en **Excel** o **PowerPoint** cuando se trate de gráficos. Respecto al texto, la presentación será espacio y medio, a un cuerpo de letra de **Arial 12**, en **DIN A4**, dejando los márgenes laterales, superior e inferior de **2,5 cm**.

2. Si se envían imágenes digitales, éstas deben tener una resolución de **300 dpi**, a un tamaño de **10 x 15 cm**, y en formato **jpg**.

3. Para los artículos, el texto del manuscrito, incluida la bibliografía, deberá ajustarse a un **máximo de 3.000 palabras**.

Las tablas, cuadros, gráficos o imágenes se enviarán aparte del texto, cuyo número no excederá de **seis** en conjunto, debiendo estar numeradas y acotadas según su orden de aparición en el texto y conteniendo título, leyenda o pie de foto, según proceda.

Se intentará restringir al máximo las abreviaturas y siglas, que se definirán cuando se mencionen por primera vez. Las páginas se numerarán consecutivamente, desde la página del título, en el ángulo superior o inferior derecho.

Todos los artículos tendrán que incluir un resumen, que **no superará las 150 palabras**, y entre tres y cinco palabras clave, en castellano y en inglés.

Para las experiencias, el texto del manuscrito deberá ajustarse a un **máximo de 1.000 palabras**. No es necesaria la presentación de: bibliografía, resumen y palabras clave.

4. La página del título deberá contener el título del trabajo (que será breve pero informativo), nombre y dos apellidos de cada autor/a, títulos académicos y filiación institucional, así como el nombre, la dirección postal y electrónica (E-mail) y el teléfono

de contacto del autor/a responsable para posible correspondencia.

5. La bibliografía utilizada en la elaboración del manuscrito, deberá ser citada en el texto según la **normativa APA** y así mismo estar referenciada en el apartado correspondiente de Bibliografía.

6. El manuscrito debe acompañarse de una carta de presentación donde el autor/res/ras **autorice su publicación, la cesión de derechos, así como la certificación de que se trata de un trabajo inédito** y que tiene todos los permisos necesarios para reproducir las ilustraciones, fotografías u otros materiales contenidos en el texto que presenta. **No se aceptarán trabajos ya publicados.**

7. El manuscrito debe enviarse por e.mail a la siguiente dirección: **laborhospitalaria@ohsjd.es**

Acceso al fondo bibliográfico y pautas de suscripción

Para acceder al fondo bibliográfico o para realizar una nueva suscripción a **LABOR HOSPITALARIA** se utilizará la web corporativa de la Orden Hospitalaria San Juan de Dios Provincia de Aragón-San Rafael (www.ohsjd.es) y se entrará en la microsite de Labor Hospitalaria, donde se encuentran todos los contenidos digitalizados de la revista desde el año 1972.

El **acceso al fondo bibliográfico** de la revista y la **consulta o descarga** de números completos o de artículos concretos se podrá realizar gratuitamente desde 1972 hasta los dos años anteriores al vigente y el año en curso. Para acceder a estos contenidos tanto suscriptores como no suscriptores deberán registrarse una única vez, con un usuario / contraseña en la misma página.

Para acceder a los artículos o número de pago, los suscriptores de la revista tendrán acceso libre y los no suscriptores, una vez registrados, podrán efectuar el **pago de los artículos o números completos o bien hacer suscriptores** a través de tarjeta de crédito.

Precio de las suscripciones

LH Año 2016	Digital	25 €
	Papel / Digital	36 € - España 50 € - Europa 50 \$ - USA
Últimos dos años	Número completo digital	10 €
	Artículo digital	3 €

Para cualquier duda o consulta pueden ponerse en contacto a través de nuestro correo electrónico: **laborhospitalaria@ohsjd.es**



editorial

Confiar en Jesús misericordioso como María

“Haced lo que Él os diga” (Jn 2, 5)

Año 2016. Con este año cerramos los tres mensajes del Papa para la Jornada Mundial del Enfermo. Los años anteriores tuvieron como tema respectivamente **“Fe y caridad”... también nosotros debemos dar la vida por los hermanos** (I Jn 3, 16). Sapientia cordis - **“Yo era ojos para el ciego, era pies para el cojo”** (Job 29, 15). Las reflexiones de esos dos años las podrán encontrar los lectores de Labor hospitalaria en los números 308 y 311.

Este año 2016 termina el trienio con una nota de particular atención ya que la celebración será solemne y en Tierra Santa-Nazaret. Para esta ocasión el Papa Francisco nos ofrece un Mensaje con el que se abre este número de la Revista y, al mismo tiempo, envía como representante suyo a las celebraciones de Tierra Santa al Presidente del Pontificio Consejo para la Pastoral de la salud, **Mons. Zymunt Zimowski**.

La Jornada mundial es una ocasión importante para la Iglesia universal, para difundir y comentar el Mensaje del Papa y para que en cada Iglesia local se ore, se tengan las catequesis adecuadas y se celebren los sacramentos de la Eucaristía y Unción de enfermos. Y porque este año se celebra de forma solemne y en Nazaret, el Pontificio

Consejo ha preparado un programa con un viaje de peregrinación del 6 al 13 febrero: jornadas de estudio, visita a hospitales y celebración litúrgica el día 11 febrero en Nazaret. Labor Hospitalaria se une espiritualmente a muchos médicos, enfermeras, voluntarios y enfermos que tomarán parte en dicha celebración y ofrece, como es habitual desde hace muchos años, la reflexión que cada año tiene por lema la Jornada. La Iglesia española, fiel a la Jornada del enfermo, organiza unos días de reflexión al inicio del año escolar, mes de septiembre. La campaña del enfermo 2016 tiene como tema de fondo el siguiente: **“María, icono de la confianza y del acompañamiento - “Haced lo que Él os diga” (Jn 2, 5).**

Ofrecemos, pues, a nuestros lectores algunas reflexiones dictadas en la reunión de Delegados diocesanos de Pastoral de la salud en el mes de setiembre 2015: Antropología de la confianza, la confianza en Dios en el Antiguo Testamento, la confianza de Jesús y María, icono de confianza.

Quisiera sintetizar algunas ideas y enfoque de la campaña y me atengo, en parte, a las Orientaciones que ha elaborado el Departamento de Pastoral de la salud de la Conferencia episcopal española:

1. Vivencia de “comunión” con el Pontificio Consejo para la Pastoral de la salud que ofreció en su tiempo el tema central.
2. María que confía plenamente en Jesús y nos ayuda a confiar. María es Madre, ejemplo de servicio, mediadora, atenta a las necesidades.
3. En el año de la Misericordia la figura de María, como Madre de misericordia, nos invita a vivir la misericordia al lado de los enfermos y familias (Cfr. MV 24).
4. Las campañas del enfermo deben ser una ocasión para poner en marcha la evangelización; este año con la “marca” mariana. Que adquiramos personal y eclesialmente “los ojos de María” para ver las necesidades de quienes son poco visibilizados o descartados.

5. Atención a la familia por el papel inmenso y cercano junto al enfermo. Ellos son el rostro diario de la misericordia junto al enfermo.

6. Siguiendo el Mensaje del Papa recogemos una idea importante, una enseñanza. El banquete de bodas es icono de la Iglesia, dice el Papa: Jesús al centro, los apóstoles alrededor y María, la Madre providente, intercesora; Madre que tiene ojos atentos, corazón misericordioso, manos para ayudar. Con su intercesión nos hace ver, experimentar, la consolación. “María es la Madre “consolada” que consuela a sus hijos”.

7. En las bodas de Caná, sigue diciendo el Papa, están, además, los que son llamados “sirvientes” que reciben de María esta invitación: “Haced lo que Él os diga” (Jn 2, 5). “María echa mano de los “siervos” para realizar el signo-milagro. También hoy María sigue sirviéndose de nosotros, nuevos siervos, para que le llevemos los enfermos a Jesús y nos convirtamos en intermediarios de sanación.

La escena de Caná, central para la Jornada mundial del enfermo de este año, nos ofrece una gran riqueza de dones: apertura, disponibilidad y servicio; el de María, el de los sirvientes y el de Jesús, bueno y generoso.

El Señor hace nuevas todas las cosas (Cfr. Isaías 43, 19; II Corintios 5,17; Apocalipsis 21, 5). Todas, hasta las más sencillas, las de todos los días: familia, trabajo, amigos, salud, enfermedad, gozos y esperanzas, todas. El Señor transforma nuestra vida a través de nuestro hacer, del empeño, la ilusión, la presencia, como lo hizo en Caná. El Señor bendice nuestras pequeñas cosas de cada día y las transforma, y las tinajas vacías por el cansancio, aburrimiento, violencia, pereza..., se llenan del vino nuevo, sabroso al paladar: el vino del entusiasmo, de la alegría, de la serenidad, el vino del amor. Transformar lo negativo en positivo, el agua en vino para poder seguir gozando de la fiesta. Las bodas de Caná, episodio narrado por el evangelista Juan (2, 1-12), nos ofrece varios momentos para la reflexión: Primero, aceptar la invitación a una fiesta familiar. Segundo, participar

en la fiesta; participación activa, observante como la de María. Tercero, mediar para que la fiesta no se acabe. Cuarto, eficacia en la mediación: el milagro en el que intervienen tres protagonistas - Jesús, María y los sirvientes. Nos preguntamos: ¿qué podemos llevar al Señor?; ¿sólo agua, ser solo tinaja vacía? Si acudimos al Señor, por mano de María, quizá podrá repetirse en cada uno de nosotros el milagro de Caná. El Señor es maestro y experto en banquetes en los que se cambian vidas, pensemos en Mateo, pensemos en Zaqueo, pensemos en la última cena...

Quisiéramos llegar a nuestros lectores y a las iglesias locales también a través de estas pequeñas reflexiones y poder adentrarlos en el Mensaje del Papa y de los diversos “expertos” que han escrito para nosotros temas tan preciosos sobre la “confianza”, aquella que se respiraba en la fiesta de bodas, en Caná de Galilea. A las reflexiones que ofrecemos en el presente número de Labor Hospitalaria sugerimos también la siguiente bibliografía que, seguro, ayudará a profundizar más el tema de este año.

GRÜN, A.
“La confianza”,
Ed. Sal Terrae, Santander 2009

VARIOS
“María y la salud”.
Ed. Sal Terrae, Santander 2015

LABOR HOSPITALARIA.
María, salud de los enfermos”.,
Nº 250. 1998.

Medios y mediaciones no nos faltan en la Pastoral de la salud. Está en nosotros saber utilizarlos.

+ José L. Redrado, OH
Director

Mensaje del
Santo Padre Francisco
para la XXIV Jornada
Mundial del Enfermo
(11 febrero 2016)



*Confiar en Jesús misericordioso
como María: "Haced lo que
Él os diga" (Jn 2,5)*

Queridos hermanos y hermanas:

La XXIV Jornada Mundial del Enfermo me ofrece la oportunidad para estar especialmente cerca de vosotras, queridas personas enfermas, y de los que se ocupan de vosotras.

Debido a que este año, dicha jornada será celebrada de manera solemne en Tierra Santa, propongo meditar la narración evangélica de las bodas de Caná (**Jn 2,1-11**), en las que Jesús hizo su primer milagro gracias a la intervención de su Madre. El tema elegido - Confiar en Jesús misericordioso como María: "Haced lo que Él os diga" (**Jn 2,5**) se inscribe muy bien en el marco del Jubileo extraordinario de la Misericordia. La Celebración eucarística central de la Jornada tendrá lugar el 11 de febrero de 2016, memoria litúrgica de la Beata Virgen María de Lourdes, precisamente en Nazaret, donde «la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros» (**Jn 1,14**). Jesús inicio allí su Misión salvífica, asumiendo para sí las palabras del profeta Isaías, como nos refiere el evangelista Lucas:

«El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido. Me ha enviado a

anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos; para dar la libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor» (**4,18-19**).

La enfermedad, especialmente aquella grave, pone siempre en crisis la existencia humana y trae consigo interrogantes que excavan en lo íntimo. El primer momento a veces puede ser de rebelión: ¿Por qué me ha sucedido justo a mí? Se puede entrar en desesperación, pensar que todo está perdido y que ya nada tiene sentido...

En estas situaciones, por un lado la fe en Dios es puesta a la prueba, pero al mismo tiempo revela toda su potencialidad positiva. No porque la fe haga desaparecer la enfermedad, el dolor, o los interrogantes que derivan de ello; sino porque ofrece una clave con la cual podemos descubrir el sentido más profundo de lo que estamos viviendo; una clave que nos ayuda a ver de que modo la enfermedad puede ser el camino para llegar a una cercanía más estrecha con Jesús, que camina a nuestro lado, cargando la Cruz. Y esta clave nos la proporciona su Madre, María, experta de este camino.

En las bodas de Caná, María es la mujer atenta que se da cuenta de un problema muy importante para los esposos: se ha acabado el vino, símbolo del gozo de la fiesta.

María descubre la dificultad, en cierto sentido la hace suya y, con discreción, actúa rápidamente. No se limita a mirar, y menos aún se detiene

a hacer juicios, sino que se dirige a Jesús y le presenta el problema tal cual es: «No tienen vino» (**Jn 2,3**). Y cuando Jesús le hace presente que aún no ha llegado el momento para que Él se revele (**cf. v. 4**), dice a los sirvientes: «Haced lo que Él os diga» (**v. 5**). Entonces Jesús realiza el milagro, transformando una gran cantidad de agua en vino, en un vino que aparece de inmediato como el mejor de toda la fiesta. ¿Qué enseñanza podemos obtener del misterio de las bodas de Caná para la Jornada Mundial del Enfermo?

El banquete de bodas de Caná es un icono de la Iglesia: en el centro está Jesús misericordioso que realiza la señal; a su alrededor están los discípulos, las primicias de la nueva comunidad; y cerca de Jesús y de sus discípulos, está María, Madre providente y orante. María participa en el gozo de la gente común y contribuye a aumentarlo; intercede ante su Hijo por el bien de los esposos y de todos los invitados.

Y Jesús no rechazó la petición de su Madre. ¡Cuánta esperanza en este acontecimiento para todos nosotros! Tenemos una Madre que tiene sus ojos atentos y buenos, como su Hijo; su corazón materno está lleno de misericordia, como Él; las manos que quieren ayudar, como las manos de Jesús que partían el pan para quien estaba con hambre, que tocaban a los enfermos y les curaba. Esto nos llena de confianza y hace que nos abramos a la gracia y a la misericordia de Cristo.

La intercesión de María nos hace experimentar la consolación por la cual el apóstol Pablo bendice a Dios:

«¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios! Pues así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación» (**2 Co 1,3-5**). María es la Madre "consolada" que consuela a sus hijos.

En Caná se perfilan los rasgos característicos de Jesús y de su misión: Él es Aquel que socorre al que está en dificultad y en la necesidad. En efecto, en su ministerio mesiánico curará a muchos de sus enfermedades, malestares y malos espíritus, donará la vista a los ciegos, hará caminar a los cojos, restituirá la salud y la dignidad a los leprosos, resucitará a los muertos, a los pobres anunciará la buena nueva (**cf. Lc 7,21-22**). La petición de María, durante el banquete nupcial, sugerida por el Espíritu Santo a su corazón materno, hizo surgir no sólo el poder mesiánico de Jesús, sino también su misericordia.

En la solicitud de María se refleja la ternura de Dios. Y esa misma ternura se hace presente en la vida de muchas personas que se encuentran al lado de los enfermos y saben captar sus necesidades, aún las más imperceptibles, porque miran con ojos llenos de amor. ¡Cuántas veces

una madre a la cabecera de su hijo enfermo, o un hijo que se ocupa de su padre anciano, o un nieto que está cerca del abuelo o de la abuela, pone su invocación en las manos de la Virgen! Para nuestros seres queridos que sufren debido a la enfermedad pedimos en primer lugar la salud; Jesús mismo manifestó la presencia del Reino de Dios precisamente a través de las curaciones:

«Id y contad a Juan lo que oís y lo que veis: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen y los muertos resucitan» (Mt 11,4-5).

Pero el amor animado por la fe hace que pidamos para ellos algo más grande que la salud física: pedimos una paz, una serenidad de la vida que parte del corazón y que es don de Dios, fruto del Espíritu Santo que el Padre no niega nunca a los que le piden con confianza.

En la escena de Caná, además de Jesús y de su Madre, están los que son llamados los “sirvientes”, que reciben de Ella esta indicación:

«Haced lo que Él os diga» (Jn 2,5). Naturalmente el milagro tiene lugar por obra de Cristo; sin embargo, Él quiere servirse de la ayuda humana para realizar el prodigio. Habría podido hacer aparecer directamente el vino en las tinajas. Pero quiere contar con la colaboración

humana, y pide a los sirvientes que las llenen de agua. ¡Cómo es precioso y agradable a Dios ser servidores de los demás! Esto más que otras cosas nos hace semejantes a Jesús, el cual «no ha venido para ser servido sino a servir» (Mc 10,45). Estos personajes anónimos del Evangelio nos enseñan mucho.

No sólo obedecen, sino que obedecen generosamente: llenaron las tinajas hasta el borde (cfr Jn 2,7). Se fían de la Madre, y de inmediato hacen bien lo que se les pide, sin lamentarse, sin hacer cálculos.

En esta Jornada Mundial del Enfermo podemos pedir a Jesús misericordioso, a través de la intercesión de María, Madre suya y nuestra, que conceda a todos nosotros esta disponibilidad al servicio de los necesitados, y concretamente de nuestros hermanos y de nuestras hermanas enfermas. A veces este servicio puede resultar fatigoso, pesado, pero estamos seguros que el Señor no dejará de transformar nuestro esfuerzo humano en algo divino.

También nosotros podemos ser manos, brazos, corazones que ayudan a Dios a realizar sus prodigios, con frecuencia escondidos.

También nosotros, sanos o enfermos, podemos ofrecer nuestras fatigas y sufrimientos como el agua que llenó las tinajas en las bodas de Caná y fue transformada en el vino más bueno. Con la ayuda discreta a quien sufre, tal como en la enfermedad, se toma en los propios hombros la cruz de cada día y se sigue al Maestro (cfr Lc 9,23); y aunque el encuentro con el

sufrimiento será siempre un misterio, Jesús nos ayudará a revelar su sentido.

Si sabremos seguir la voz de Aquella que dice también a nosotros: «Haced lo que Él os diga», Jesús transformará siempre el agua de nuestra vida en vino apreciado. Así esta Jornada Mundial del Enfermo, celebrada solemnemente en Tierra Santa, ayudará a realizar el augurio que he manifestado en la Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia:

«Este Año Jubilar vivido en la misericordia pueda favorecer el encuentro con el Hebraísmo, con el Islam y con las demás religiones y con las otras nobles tradiciones religiosas; nos haga más abiertos al diálogo para conocernos y comprendernos mejor; elimine toda forma de cerrazón y desprecio, y aleje cualquier forma de violencia y de discriminación» (Misericordiae Vultus, 23).

Cada hospital o cada estructura de sanación sea signo visible y lugar para promover la cultura del encuentro y de la paz, donde la experiencia de la enfermedad y del sufrimiento, así como también la ayuda profesional y fraterna, contribuyan a superar todo límite y toda división.

En esto son ejemplo para nosotros las dos monjas canonizadas en el mes de mayo último: santa **María Alfonsina Danil Ghattas** y santa **María de Jesús Crucificado Baouardy**, ambas

hijas de la Tierra Santa. La primera fue testigo de mansedumbre y de unidad, ofreciendo un claro testimonio de cuan importante es que seamos unos responsables de los otros, de vivir uno al servicio del otro. La segunda, mujer humilde e iletrada, fue dócil al Espíritu Santo y se volvió instrumento de encuentro con el mundo musulmán. A todos los que están al servicio de los enfermos y de los que sufren, deseo que sean animados por el espíritu de María, Madre de la Misericordia.

«La dulzura de su mirada nos acompañe en este Año Santo, a fin de que todos podamos descubrir la alegría de la ternura de Dios» (ibid., 24)

y llevarla impregnada en nuestros corazones y en nuestros gestos. Confiemos a la intercesión de la Virgen las ansias y las tribulaciones, junto con los gozos y las consolaciones, y dirijamos a ella nuestra oración, a fin de que vuelva a nosotros sus ojos misericordiosos, especialmente en los momentos de dolor, y nos haga dignos de contemplar hoy y por siempre el Rostro de la misericordia, a su Hijo Jesús.

Acompaño a esta súplica por todos vosotros mi Bendición Apostólica.

Desde el Vaticano, 15 de setiembre de 2015

Memoria de la Beata Virgen María Dolorosa

Francisco



01/Antropología de la confianza.

Prof. José Ramón Matito Fernández,
Facultad de Teología.
Universidad Pontificia de Salamanca.

El autor plasma las claves antropológicas de la confianza humana a través del anuncio del arcángel a María: sólo nace y se desarrolla en alteridad acogida y respondida, expresada en el amor auténtico e incondicional, que es capaz de provocar la confianza como respuesta y dinamismo en el ser humano. El 'sí' confiado a la llamada amorosa es una respuesta suscitada, pero también, y fundamentalmente, libre. La libertad, condición ineludible, desde la cual el ser humano se abre a la confianza o funda su confianza. Ser libre es disponer de sí para hacerse disponible, y esto sólo puede realizarse desde la confianza religada, fundada por la presencia del otro.

Palabras clave:
Confianza, Libertad, Amor, Acogida.

The author reveals the anthropological keys to human confidence through the Archangel's announcement to Mary: it only appears and develops in welcome and responded otherness, expressed in genuine and unconditional love, which is capable of arising trust as response and dynamism in humans. The entrusted 'yes' to the loving call is an elicited response, but also -and mainly- free. Freedom is an essential condition from which Man opens to trust or founds trust. To be free is to have each other available, and this can only be done from religated trust founded by the presence of others.

Key words:
Trust, Freedom, Love, Acceptance.

1/

Del fiat de María (Lc 1, 38) a las claves antropológicas de la confianza humana.

Para estas Jornadas Nacionales de Delegados de Pastoral de la Salud se ha escogido el tema de María como “**icono de la confianza y el acompañamiento**”.

Más allá de las posibles evocaciones de índole sentimental, piadosa, e incluso moral, que pueda despertar en nosotros la magnífica escena teológica de Lucas -en la que se presenta la figura de María como paradigma de la disponibilidad y la entrega absolutas-, no podemos ni debemos separar la fuerza conmovedora de este relato del profundo y rico significado teológico que tiene María en los evangelios. Y no podemos hacerlo porque entonces perderíamos el sentido auténtico y extenso de las afirmaciones doctrinales respecto de la madre de Jesús.

Claro que una de las funciones de las grandes narrativas religiosas, que bucean en la experiencia espiritual de una determinada tradición, es mostrar los rasgos definitorios de la realidad humana de forma exagerada a través de historias

conmovedoras e inolvidables, y de figuras religiosas brillantes. Éste es el caso del pasaje evangélico donde aparece esa expresión que ya se convirtió desde hace siglos en la manifestación definitiva de la confianza humana: fiat, sea, hágase. Se trata del consentimiento para que una cosa tenga efecto.

Confianza, en su sentido etimológico (confidentia), siempre remite a un ‘otro’, a la realidad interpersonal e intrapersonal. En el caso de la confianza, ese otro puede ser tanto un objeto, como un ser animado u otro ente personal; aunque en cada uno de estos casos las acepciones diferenciadoras son determinantes.

Pero en cualquiera de ellos, la primera característica fundamental -o clave antropológica- de la confianza (1) es que sólo nace y se desarrolla en alteridad. En el caso de la confianza de María, esa ‘total seguridad’ dimana de la presencia y la llamada de otro tú personal, trascendente: de Dios.

Con la confianza sucede también que, al igual que con otros rasgos definitorios de lo humano, recorre toda la Sagrada Escritura como una de las claves interpretativas de lo que es el hombre para Dios, y lo que ha de ser Dios para el hombre.

Se podría asegurar que, de hecho, las manifestaciones de Dios en la vida del hombre, simbolizada en la historia de un pueblo concreto, cuando son adecuadamente acogidas por el ser humano, generan siempre confianza.

Y por eso en el caso de María no podía ser de otro modo: Dios le confía un mensaje, un proyecto, un sentido, y la respuesta que provoca en María es la confianza absoluta. Y justamente aquí encontramos la segunda clave antropológica de la confianza (2): nace y se desarrolla en alteridad acogida y respondida.

La virgen María es una figura arquetípica que constituye en el Nuevo Testamento el verdadero símbolo de la Iglesia. Y la confianza que dimana

de María es la recepción activa de la gracia de Dios que se le pide a la Iglesia. El nuevo nacimiento de la vida divina en la humanidad sólo es posible si el hombre acoge, se deja transformar y construye; por eso hablamos de la confianza evangélica como una recepción activa. Y por eso, el fiat mariano es lo que define tanto a la Iglesia, en particular, como a la acogida de Dios en la vida del hombre, en general. El amor verdadero sólo puede generar ese fiat.

Ésta es la tercera clave antropológica de la confianza (3) que nos sugiere el fiat mariano: sólo una alteridad expresada en el amor auténtico, oblativo, incondicional, es capaz de provocar la confianza como respuesta y dinamismo en el ser humano, y la pro-existencia como propuesta de sentido de vida y realización personal. El amor no busca otra recompensa que el amor recíproco.

Al ser abordado desde ese amor, el ser humano se convierte de verdad en lo que está llamado a ser, se hace capaz de dar una respuesta a la medida de su humanidad; se convierte en responsable y en con-fiado. El amor del hombre al ser amado despierta en el corazón de éste la respuesta confiada del amor incondicional: sólo este amor nos otorga credibilidad, nos hace dignos de crédito. Sólo este amor es digno de convicción compartida, de con-fianza.

Así, el fiat mariano nos muestra que la dinámica de la confianza humana, su suelo nutricional, es la invitación desde la entrega y la correspondencia desde el abandono de sí. En este sentido, contradice en todo punto la manida expresión castellana de ‘ganarse la confianza de alguien’.

La confianza humana no necesita convicción, sino credentidad. Aquí encontramos el cuarto ingrediente antropológico que posibilita la confianza (4): el ‘sí’ confiado a la llamada amorosa es una respuesta suscitada, pero también, y fundamentalmente, libre.

No es preciso entrar ahora en la problemática antropológica del concepto mismo de libertad.

Demos por supuesto lo más elemental: la libertad no consiste única ni principalmente en la capacidad de optar entre diversas alternativas, no es solamente una facultad electiva.

Es, sobre todo, la capacidad que la persona tiene de autodefinirse en orden a su realización; porque, en efecto, el hombre, como ser histórico (y no solamente natural), no puede realizarse ‘de golpe’, en un único acto totalizante, sino que ha de ir haciéndose sucesivamente.

Al ser humano le atañe la condición itinerante: es homo viator. Justamente para eso le es dada la libertad: para llegar a ser lo que está llamado a ser, para realizar su vocación, la razón por la que se le convocó a la existencia.

La libertad desde la cual el ser humano se abre a la confianza o funda su confianza es, pues, ante todo, una facultad entitativa: dice relación a la construcción de la identidad personal.

De ahí que, la genuina libertad no se caracterice en absoluto por una ausencia de ligaduras, sino por una forma de religación.

De un modo u otro, esta intuición aparece reiteradamente en la Escritura y en toda la tradición cristiana; sólo quien se halla religado a un fundamento último puede sentirse desligado, suelto, ante lo penúltimo.

Hay, pues, una forma de dependencia que, lejos de ser alienante, es liberadora, posibilitadora: la dependencia por nuestra alteridad del otro personal. La dependencia que posibilita que sólo en el rostro del otro, y del Otro, con mayúsculas, reconozco mi propio rostro, mi propio yo.

Este aspecto es llevado al extremo en el caso de la fe cristiana, donde el ‘otro’ se convierte además en el criterio insoslayable de verificación de la presencia de Dios en la vida del seguidor de Jesús (“**Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis**”, Mt 25, 40).

LH n.314

Cuando no se reconoce esa dependencia constituyente de lo personal, entran en juego otras dependencias que, por no ser de carácter personal, sino material o instintivas, bloquean el dinamismo del hombre hacia la apropiación de su mundo personal, únicamente realizable desde y en la confianza libremente consentida por haber sido amorosamente suscitada.

Así, esta dinámica antropológica de 'libertad de' que sostiene la 'libertad para' concluye que, en realidad, somos libres para llegar a ser lo que debemos ser, para adquirir nuestra identidad, y esto sólo puede hacerse desde el otro, con el otro y hacia el otro.

Por eso libertad y confianza se reclaman mutuamente: ser libre es disponer de sí para hacerse disponible, y esto sólo puede realizarse desde la confianza religada, fundada por la presencia del otro que me constituye.

De ahí también que este concepto de confianza fundado en la respuesta libre en la que se pone en juego el ser personal en su totalidad, conlleve los momentos necesarios del compromiso y la fidelidad, para que aquella confianza no degenera en mera claudicación de la propia responsabilidad.

Todas estas consideraciones sobre la confianza que nos evoca el cuadro lucano de la respuesta de María no son meras especulaciones filosóficas o alguna suerte de poesía teológica, sino que nos están diciendo mucho sobre la identidad del ser humano, así como sobre las condiciones de posibilidad de su realización personal y sobre el propio sentido de su existencia; que, como no puede ser de otro modo, en el relato evangélico están íntimamente vinculados con la forma de entender y vivenciar al Dios de Jesús.

En definitiva, el hombre es el ser de quien Dios se acuerda, la realidad imborrablemente anclada en la memoria divina.

De ahí que la tarea de la antropología cristiana, más que proponer una alternativa a la

antropología filosófica y cultural, se reduzca, a fin de cuentas, a algo tan simple como esto: proclamar que no puede haber memoria de Dios sin memoria del hombre, y que nadie puede acordarse de sí mismo sin recordar a su hermano.

Esta máxima, lejos de contravenir los principios de la antropología filosófica que venimos presentando en torno a la confianza, supone su cabal confirmación: sólo la presencia auténtica, constituyente y promotora del otro en nuestra vida puede originar en nosotros la confianza dinamizadora de nuestra realidad personal.

Lo que ocurre es que, en el caso de la fe cristiana, este principio alcanza su expresión teológica, concluyendo que: conoce y confiesa a Dios únicamente quien lo reconoce encarnado en esa su traducción abreviada que es la persona humana.

Ésta es la consecuencia de la teología cristiana de la encarnación, representada simbólicamente en la adoración de un niño recién nacido en un contexto de existencia amenazada (Herodes, nadie cobija a la madre parturienta, el humilde pesebre...), la máxima expresión del desvalimiento y de la dependencia.

Ahora bien, al igual que el resto de notas distintivas de lo humano, la confianza, llamémosla así, teológica o religiosa que acabamos de describir, ha de anclarse en aquellas dimensiones constitutivas que corresponden al ser humano.

Y son esas dimensiones las que son identificadas, descritas y desarrolladas por la antropología filosófica; la ciencia que trata de desentrañar lo específico distintivo constituyente del ser humano, y, en consecuencia, su razón de ser.

Para comprender el logro de la identidad humana desde la confianza es que el hombre es una realidad en realización, en proceso

2/

El andamiaje de la confianza: las estructuras constituyentes de lo humano.

Hablar de presupuestos antropológicos de la confianza humana significa que la problemática en torno a la confianza es inseparable de la temática sobre la identidad del ser del hombre: la confianza está plantada en nosotros para poder llegar a la plenitud de nuestra realidad humana, y por ello es aguardada y anhelada por nosotros. La confianza, en este sentido, es ingenua (libre de nacimiento, natural) e ingénita (connatural). Pero, como todo lo valioso y precioso para el hombre, también es vulnerable y marchitable.

El ser humano puede reprimir su crecimiento o puede promoverlo. Ahora bien, la paradoja suprema del hombre consiste en que sólo puede realizar su humanidad auténticamente desde la confianza, la esperanza y el amor, y sin embargo puede cerrarse a ellos.

Y, en este caso, lo que perdura, tras haber arrojado lo más imprescindible de su ser para existir en la verdad y clausurar lo que invita a abrirse, no es el hombre verdadero, su identidad lograda, sino el remanente de una posibilidad mal-lograda. Esta posibilidad de ser, cimentada en la confianza -tal y como la describimos en el apartado anterior-, es su mejor identidad.

Así, el presupuesto antropológico fundamental para comprender el logro de la identidad humana desde la confianza es que el hombre es una realidad en realización, en proceso: viandante. Este carácter procesual de la existencia humana determina que existir, para el hombre, es aspirar y esperar, con el riesgo de

desesperar. Para que esto último no ocurra el ser humano debe considerar, asumir e interpretar en todo momento su condición de ser contingente, su finitud.

Y no como un límite, una incapacidad o una especie de losa que no permita el logro de su identidad, sino como el marco que le posibilita abrirse a la auténtica realización personal, que va más allá de las meras concreciones temporales y materiales.

El hombre es un ser vivo que sabe de su muerte. Su vida es constitutivamente necesidad de afirmación a la vez que conciencia insuperable de provisionalidad. Esta conciencia va unida a la de saber que no tenemos el fundamento en nosotros mismos. Ambas intuiciones corresponden a la estructura misma del existir humano.

Este carácter eminentemente contingente de la existencia humana provoca que la dinámica de la confianza sea siempre referida. De tal forma que nace del encuentro con alguien que lo libera de la incapacidad para otorgarse a sí mismo el sentido, la realización.

Porque nada de lo absolutamente necesario para el hombre puede ser conquistado por él mismo, aun teniendo que alcanzarlo por sí mismo todo.

Es decir, que lo que en un primer momento podría parecer una dimensión coercitiva resulta en realidad el horizonte de posibilidad del despliegue de la confianza.

De hecho, incluso adquirimos conciencia de nosotros mismos al ser llamados por el amor de otros. Como la mirada y la sonrisa de una madre o de un padre hacia su pequeño, primera incitación al reconocimiento de la alteridad fundante: el amor despierta amor.

En el movimiento hacia el tú, el yo se descubre a sí mismo. Cuando el amor suscita una posibilidad de respuesta en la misma medida, entonces se ha llegado al ser íntimo del yo.

LH n.314

Y entonces, ese yo convocado, solicitado, sólo puede responder desde su totalidad, desde su centro, desde su plenitud: se pone en juego su identidad, su conciencia de ser.

El experimentarnos y sabernos dignos de amor desde nuestra contingencia es lo que despierta la radical confianza en nosotros, lo que Laín Entralgo llamaba la condición elpídica (elpis = esperanza) del ser humano; la confianza como 'modo de ser', como cualidad entitativa, y no mera virtud electiva.

La confianza así comprendida, como respuesta libre del despertar de la conciencia personal ante la llamada de un tú en el horizonte de la existencia itinerante, se despliega en la temporalidad que el hombre es, y que transforma en historia con su vida personal.

La designación del hombre como ser-en-el-tiempo representa, desde que lo puso de moda el existencialismo, uno de los tópicos más socorridos de la antropología moderna. Con tal designación quiere significarse, ante todo, que la existencia humana se despliega en el ámbito de ese modo de duración continua y sucesiva que es el tiempo.

Y a la vez -puesto que se habla de un ser, y no de un mero estar-, que la asunción del tiempo por parte del hombre es un hecho que reviste características peculiares, indeducibles de las que se dan en la temporalidad infrahumana. Efectivamente, en la medida en que el ser humano es material, no puede dejar de ser temporal; pero en la medida en que trasciende la materialidad bruta, no puede menos de trascender la temporalidad bruta y encarnar una temporalidad específica.

El rasgo más destacado de la temporalidad específicamente humana lo constituye la aptitud que el hombre posee para superar la diacronía del tiempo físico, para conferir densidad y entidad a lo que, fuera de su conciencia personal, sólo es una sutil línea de puntos, de 'ahoras' fugaces. Para hacer, en fin, que el pasado no sea lo ya

-sido y el futuro lo aún-no-sido; para integrar el presente con la condensación del pasado y ensancharlo con la anticipación del futuro.

El hombre es ahora por algo (por lo que ha sido) y para algo (por lo que será). Ello quiere decir que su pasado per-vive en él realmente, no ha desaparecido; y que su futuro pre-vive en él, lo moviliza, lo estimula, lo orienta en esta o aquella dirección. La inexorable diacronía de la temporalidad física cobra en la conciencia humana un singular sincronismo.

Y es precisamente esta vivencia singular del tiempo la que posibilita la incardinación de la confianza: de cómo se haya posibilitado en nuestro pasado depende su vivencia en el presente, pero en cualquiera de los casos, recordada o anhelada (habiendo sido vivida o habiendo sido privados de ella), el horizonte de futuro de la existencia siempre la reclamará como pendiente, nunca acabada.

En este sentido, y haciendo referencia directa al contexto en el que compartimos estas reflexiones, que no es otro que el de la fragilidad humana, manifestada dramáticamente en el deterioro de la salud y en el final de la vida, no podemos identificar confianza con resignación.

De hecho, en el ámbito concreto cristiano, creo que no hay muchos conceptos tan contrarios a nuestra fe como el de 'resignación'.

Confiarse no es resignarse. Cristo no muere resignado, asumiendo que le arrebatan la vida; Cristo muere perdonando, porque entrega libremente su vida. Digo esto porque creo que aún hoy día sigue pesando mucho esa expresión de 'resignación hijo/a' ante cualquier acaecimiento de índole negativa, destructiva, maligna.

La misma dinámica temporal de la existencia humana, tal y como acabamos de explicitar, nos impide pensar de esa forma: sólo confía quien espera, y sólo espera quien se sitúa en la estela del futuro, por muy precario que éste pueda parecer.

Ya en el ámbito puramente cristiano: sólo cree en la resurrección el que trabaja por la transformación de la realidad aquí y ahora.

De hecho, uno de los signos distintivos del hombre resucitado, que somos todos los que hemos participado ya de la muerte de Cristo por el bautismo -muriendo al hombre viejo que hay en nosotros-, es que no somos personas resignadas (hacer una señal hacia atrás), sino personas redimidas (liberar a alguien de algo).

Por tanto, la actitud generada por la confianza nunca puede ser la resignación, sino la disposición a liberar; de ahí que nos persignemos, no para cruzarnos de brazos, sino para acometer la tarea que nos compete.

Aquí podríamos hablar también de la malograda expresión 'es voluntad de Dios', referida siempre, curiosamente, a acontecimientos negativos. Pero eso supondría hacer ya demasiada teología, y abandonar el sendero antropológico que venimos trayendo. No obstante, que no quede por decir: no es fruto de la experiencia cristiana de Dios decir o suponer que Dios quiere, de alguna manera, el mal del hombre.

La respuesta cristiana nos puede venir de un pasaje escalofriante escrito por el premio nobel de la paz (1986) **Elie Wiesel**, superviviente del campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau, ubicado en Polonia, en su novela "**La Noche**". En ella dice:

▼
"Allí, ante la huida de unos reclusos, otros tres, dos adultos y un niño, elegidos arbitrariamente, fueron condenados a ser ahorcados. Los mandos del campamento se negaron a hacer de verdugos. Tres hombres de las SS aceptaron ese papel. Tres cuellos fueron en un momento introducidos en tres lazos. 'Viva la libertad', gritaron los adultos. Pero el niño no dijo nada. '¿Dónde está Dios? ¿Dónde está?' preguntó uno detrás

de mí. Las tres sillas cayeron al suelo... Nosotros desfilamos por delante..., los dos hombres ya no vivían..., pero la tercera cuerda aún se movía..., el niño era el más liviano y todavía agonizaba retorciéndose en la horca... Detrás de mí oí que el mismo hombre preguntaba: '¿Dónde está Dios ahora?' Y dentro de mí oí una voz que me respondía: '¿Que dónde está? Ahí está, colgado de la horca'".

3/

El horizonte de posibilidad de la confianza: la alteridad humana.

Ya hemos hablado del elemento antropológico de la alteridad en el primer apartado de nuestra reflexión. Ahora sólo queremos explicar sucintamente cómo opera la alteridad en el ser humano.

Así, podemos hablar de la interioridad de la alteridad y la exterioridad de la alteridad como dimensiones, ambas, necesarias de la misma, y no como momentos cronológicamente o causalmente consecutivos.

Respecto a la interioridad de la alteridad, observamos que el ser humano es un ser pluri-dimensional, con una identidad concreta, constituyente, pero una identidad plural, abierta, proyectada (orientada hacia adelante), siempre en camino.

El recorte o la pobreza en la comprensión de la identidad abren las puertas a todos los

LH n.314

‘ismos’ reduccionistas, como los nacionalismos, los fundamentalismos, los fanatismos, los extremismos...

El hombre tiene una dimensión intelectual/cognitiva, tiene una dimensión afectiva/volitiva, tiene una dimensión comportamental/actitudinal, y tiene una dimensión espiritual/trascendental.

La integración y el equilibrio de estas dimensiones en todos los aspectos de nuestra vida es algo que determina el logro o el malogro de la identidad del sujeto, así como de su realización como persona.

Una confianza madura, sana, afianzada, no alienante, depende de su vertebración a través de estas cuatro dimensiones.

No puede hablarse de una confianza verdaderamente humana si no es razonable, si no podemos dar razón de ella, si no forma parte de nuestra interpretación de la realidad, de la existencia, y si no está alimentada, a su vez, de las aportaciones de los distintos saberes a la cabal comprensión del misterio que es el hombre.

Tampoco puede hablarse de confianza si ésta no impulsa y permea nuestros sentimientos, y si, a su vez, de forma recíproca, esa confianza no se deja sostener en el mundo afectivo que construimos cada uno de nosotros y que nos hace ser lo que somos.

En la misma línea, una confianza que no invita a la transformación de la realidad en una realidad más humana, más solidaria, más confiada, es una confianza estéril; como también lo es una confianza que no oriente nuestras actuaciones, que no provea de un ethos a nuestro comportamiento.

Y, por último, una confianza que no eleva la mirada del hombre ‘de tejas hacia arriba’, no es una confianza legítima; y no nos referimos a la fe en Dios o a creer en Dios de alguna manera, seguimos en el plano antropológico:

nos referimos a que sea capaz de proponer un sentido, de proveer unas asideras que sostengan el misterio del hombre más allá del mero dato biológico y que den razón de nuestra entera realidad humana sin caer en reduccionismos aberrantes ni en misticismos evasionistas.

En cuanto a la exterioridad de la alteridad, hablamos de que el hombre es un ser relacional. Y ponemos el acento en esta expresión en el verbo: es. No podemos confundir en este punto el hecho de que tengamos relaciones o seamos capaces de relacionarnos con la dimensión antropológica de la relacionalidad que nos constituye, que somos.

En este sentido, somos relación al mundo físico, a la naturaleza, de la que formamos parte y de la que estamos constituidos; somos relación hacia el otro, los otros ‘tú’, hacia el prójimo, que no sólo forman parte de nuestro mundo personal, sino que nos conforman, forman parte de nuestra propia identidad; somos relación hacia nosotros mismos, y en este sentido hablamos de nuestro mundo interior, hoy en crisis pero también lleno de posibilidades; y somos relación hacia la trascendencia, el fundamento de lo real, el sentido de lo existente, Dios... como queramos llamarlo o entenderlo.

Para algunos esto último estará definido por las azarosas fuerzas de las leyes naturales, para otros remitirá a un sentido personal y trascendente, comprendido también de muchas maneras diversas. La auténtica confianza humana emerge de este complejo relacional que somos todos y cada uno de nosotros, y se ancla y crece, por ello, en nuestra relación con el mundo, con los demás, con nosotros mismos y con el sentido fundante (insisto: se entienda como se entienda).

Al mismo tiempo, esa misma confianza traspasa estas dimensiones relacionales condicionándolas, abriéndolas o limitándolas, dependiendo de nuestra particular experiencia de cada una de ellas.

Ambas dimensiones de la alteridad, la interior

Sólo la confianza descubierta y alimentada en el misterio personal, en el encuentro real con el otro, fundamenta la auténtica solidaridad

y la exterior, se viven siempre proyectadas en cuanto el hombre se sabe un ser inconcluso, radicalmente indigente. Pero la antropología no ve en esto un límite o un riesgo, sino todo lo contrario.

De hecho, es esa indigencia que nos hace depender de forma absoluta de otras personas en los primeros años de nuestra vida la que nos hace descubrir o vislumbrar en nosotros el misterio personal que somos cada uno, la extrema alteridad que somos y nos impulsa a ser. El ser personal sólo aflora en el afloramiento de la libertad compartida y de la existencia asumida como don y tarea, y esto sólo es posible desde esa vivencia de seres carentes de especialización instintiva que nos empuja a descubrirnos y a buscarnos en los demás y con los demás.

4/

La amenaza y el logro de la confianza.

Si la alteridad, comprendida como acabamos de describir, es el fundamento antropológico necesario de la confianza, su mayor amenaza será, consecuentemente, la distorsión o incluso la ruptura de esa alteridad. No nos referimos aquí a ese momento necesario que hemos de vivir todos para encontrarnos a nosotros mismos, y no quedarnos en nosotros mismos: cada vez que Jesús se retira en soledad regresa con nuevo ímpetu y espíritu renovado a seguir entregándose a los demás.

La soledad destructiva es el símbolo de la existencia que no ha consentido y que ha reclamado absolutamente ser su propio comienzo y fin, su fuente y fundamento últimos.

Esta soledad es el resultado de una libertad,

que se ha comprendido a sí misma no como capacidad para reconocer, acoger, responder y entregarse, sino como mera disponibilidad de sí en retención (no abrirse y no darse), distanciamiento y autosuficiencia. Las raíces de la desconfianza. La riqueza del hombre, nacido para el amor y ordenado al amor, no existe sin el prójimo: forma parte de nuestra alteridad interior y exterior.

Sin la comunicación no hay vida personal. Sin el acogimiento no hay realización plena de la existencia. La supuesta libertad erguida frente al otro y no construida con el otro, se convierte en una fuente de incomunicación y de soledad esterilizadora.

En la medida en que el hombre es más capaz de tenerse a sí mismo, de disponer de sí, más necesidad tiene de desbordarse a sí mismo, de darse.

Y sólo en esa dinámica es capaz de descubrir al prójimo como otro ser que sale hacia el encuentro de los demás, como un tú, y no como un ello anónimo, extraño e impersonal. Sólo el reconocimiento del otro como un tú puede generar confianza en el hombre.

Sólo la confianza descubierta y alimentada en el misterio personal, en el encuentro real con el otro, fundamenta la auténtica solidaridad.

Que no se entienda, entonces, simplemente, como un acto de magnanimidad hacia los otros, sino como un ejercicio de comunión y una experiencia de sentido. Cada hombre está ordenado hacia sus prójimos.

Compartimos posibilidades, riesgos, necesidades, anhelos y miedos. En este sentido, el hombre es libre precisamente en la medida en que alguien sea solidario con él, en que le ofrezca amor, en que se ponga en su lugar, asuma su puesto y con él le ayude a portar la carga de la vida.

Ya hemos dicho por activa y por pasiva que la

LH n.314

confianza no existe sin el amor, y el amor siempre se ejercita como solidaridad. No hay destinos desligados o solitarios, sino religados y solidarios. Por eso nuestra libertad siempre está referida, y, de hecho, decide también la libertad del prójimo, en el bien y en el mal.

Esta idea está tan integrada en la fe cristiana que no hablamos de solidaridad, sino de fraternidad y de comunión, porque entendemos y vivimos nuestro misterio personal como fruto de la comprensión de Dios como padre/madre y como amor. Ambos conceptos llevan al límite la intuición de nuestra capacidad de ser para los otros. Volviendo al terreno puramente antropológico, hay que insistir en que el logro de la confianza, es decir, su vivencia realizada en nosotros como motor para la construcción de nuestra identidad personal, el logro de esa confianza, decíamos, depende directamente del ejercicio de la solidaridad en nuestras vidas.

Una solidaridad que no sustituye ni menos anula la libertad y la identidad del otro, sino que intenta suscitarlas, posibilitarlas, anticiparlas, para que las asuma personalmente y las construya desde sí mismo. Y viceversa, una solidaridad que, al haber sido erigida en los cimientos de la confianza que nos empuja a darnos, nos invita a descubrirnos a nosotros mismos en aquellos que nos damos, convirtiéndose así el prójimo en hogar y destino.

5/

La confianza humana: don y tarea, iniciativa y respuesta.

Ya dijimos que la confianza es esencialmente a la vez un don y una tarea, el resultado de un

acogimiento y del ejercicio de la libertad.

Nunca es una conquista. Siempre conlleva ese doble momento que caracteriza todos los aspectos realmente importantes de nuestra vida: llamar y responder, derecho y responsabilidad, reclamar y conceder.

Y como las cosas fundamentales de nuestra vida hay que tenerla siempre ante nuestros ojos y, sin embargo, en alguna forma renunciar a ella, porque sólo como resultado de todo lo que hemos contemplado esta tarde vendrá a nuestra vida.

Como otras cosas esenciales para la vida humana, sagradas e irrenunciables, la confianza no puede ser buscada directamente por sí misma. Es una paradoja... como toda nuestra vida.

Es el resultado indirecto de decisiones y actitudes, de iniciativas y disposiciones, que sí podemos y debemos buscar y lograr por sí mismas. Uno no se puede empeñar en tener confianza, en confiar; uno 'desemboca' en la confianza al seguir senderos y recodos del camino que le condujeron a ella y que le anunciaban a ella.

La vida es en todo lo esencial fruto de un 'entre dos', de una relación, de un acogimiento y aceptación, a los que podemos prepararnos y disponernos, estar atentos y reconocer cuando lleguen, pero nunca podemos construir por nosotros mismos ni para sólo nosotros mismos.

La confianza pertenece a las grandes realidades constituyentes personales que pueblan el horizonte último de nuestra existencia, con las que nos medimos, para las que somos y por las que llegamos a ser, desde las que nos orientamos, y que, sin embargo, sólo podemos descubrir con los demás.

Por eso, cuando pienso en la confianza en el ámbito del ejercicio de vuestra hermosa y difícil misión hacia la salud de los que no la tienen o la han perdido, no se me ocurre sólo ni principalmente una confianza en el sentido de

una esperanza en la solución práctica y concreta de la enfermedad, sino siempre, y sobre todo, del don de una compañía auténtica, de una presencia real, del afianzamiento en el apoyo personal.

La vida es finita, es contingente, es frágil y está siempre amenazada por la enfermedad, la precariedad y la muerte; pero la forma de afrontar esos límites de la vida es lo que demanda por parte del hombre que las sufre -que somos y seremos todos- una confianza radical.

Confianza que no hallaremos en el elixir de la eterna juventud o en la píldora de la inmortalidad, sino sólo en el don personal que es el otro que me acompaña en cuerpo y alma en esos difíciles e incomprensibles procesos. Esa compañía solidaria, entregada, es la única que puede otorgar la confianza de que, incluso en la tragedia del dolor y la enfermedad, la existencia humana tiene sentido.





02/La confianza en Dios en el Antiguo Testamento.

Teresa Ruiz Ceberio,
Religiosa de las Hermanas Auxiliadoras.
Licenciada en Teología Pastoral.

Como discípulas y discípulos de Jesús caminamos con otras y otros hacia la vida en plenitud, a través de un proceso histórico, que ante la vida amenazada, pasa por el grito y el dolor, y encuentra respuesta en la confianza en Dios. Proceso largo, que recogido en el A.T. refleja la historia de la humanidad como historia de salvación. A ella me remito para ver cómo acompañar hoy y aquí, a quienes sufren la enfermedad y temen la muerte. Lo hago con la confianza puesta en el Dios de la Vida, Dios Compasivo que nos acompaña para seamos plenamente felices en el encuentro gozoso con el AMOR, culminación del deseo más hondo del corazón humano: ser amados para amar.

Palabras clave:
Confianza, Salvación, Amor, Dios, Acompañar.

As disciples of Jesus, we walk with others towards the fullness of life, through a historical process which goes through cry and pain when facing the threats of life, and finds an answer in the trust in God. A long process which -reflected in the Old Testament- reflects the history of mankind as a history of salvation. I refer to it to see how to accompany those who have the disease and fear death here today. I do so with the trust placed in the God of Life, a Merciful God that accompanies us so that we can find full happiness in a joyful encounter with love, the culmination of the deepest desire of the human heart: to be loved to love.

Key words:
Trust, Salvation, Love, God, Accompany.

LH n.314

1/

Aproximación al título:

La confianza, significa fiarse de una persona, y tanto más nos fiamos cuanto más la queremos. Pero ¿quién nos asegura que ella nos quiere? Por eso fiarse siempre supone un riesgo. Lo vemos en las parejas de los enamorados que fiados en el mutuo amor hacen alianza pero sin seguridad de que ésta se mantenga... corren un riesgo.

En nuestro caso nos fiamos de Dios conocido a través del testimonio de los hombres y mujeres que a lo largo de una historia de muchos años han tenido la experiencia de un Dios que escucha el grito de los pobres, se solidariza con ello, y los salva porque los ama.

Nos fiamos de Dios que escucha el grito de los que sufren en la historia. En la historia del A.T. hay mucho dolor, mucho grito. Hay sufrimientos evitables causados por la injusticia, el odio, la violencia, y otros inevitables inherentes a la fragilidad y finitud humana como la enfermedad... y en último término la muerte.

Dios escucha esos gritos y sale a nuestro encuentro en la historia para salvarnos. A ella nos referimos como Palabra de Dios que dice lo que estamos llamados a ser de lo que aún no somos conscientes.

Nos fiamos de Dios que nos ha hablado, para decirnos que nos ama y salva en la historia

La historia de la Salvación se apoya en una promesa permanentemente renovada, y proyectada hacia un futuro mejor

“El Señor de los Ejércitos ofrece a todos los pueblos en este monte un festín de manjares succulentos, un festín de vinos de solera, manjares enjundiosos, vinos generosos... Arrancará en este monte el velo que cubre todos los pueblos, el paño que tapa a todas las naciones; y aniquilará la muerte para siempre”. (Is.25, 6-8)

Fiados en esa promesa caminamos entre luces y sombras a lo largo de la historia, con Dios que nos acompaña en el camino hasta el logro de su sueño, al crearnos “**Y vio Dios todo lo que había hecho, era muy bueno**” (Gen 1,31).

Inicio de un proceso que a pesar de las peripecias del camino en el que se conjugan amor de Dios y libertad humana culminará en un final feliz.

“En medio de la plaza y en los márgenes...del río crece el árbol de la vida...No habrá allí nada maldito... Allí no habrá noche. No les hará falta luz de lámpara ni luz de sol, porque los ilumina el Señor Dios y reinarán por los siglos de los siglos” (Ap. 22,1-5).

Historia acompañada por el Dios de la Compasión, a través de sus mediadores. Los profetas que intervienen en tiempo de la monarquía y el destierro para atajar el dolor causado por las injusticias, odios, violencias, entre ellos Isaías, el profeta de la Consolación, y los Sabios que perforan la realidad del entorno hasta perci-

bir una armonía y un sentido en el mundo para que los hombres de acuerdo con él, den pasos seguros hacia una vida lograda.

Me referiré sobre todo al autor del libro de Job el enfermo y a algunos de los Salmos, que según comenta **L. A. Shökel** en la Biblia del peregrino, solo rezados serán realmente comprendidos.

2/

El paso del grito a la confianza “Desde lo hondo ti grito, Señor”. (Sal 130).

La experiencia fundante: el Éxodo. “Los israelitas se quejaban de la esclavitud y Dios escuchó sus quejas, Dios se interesó por ellos. He visto la opresión de mi pueblo. He oído sus quejas, me he fijado en sus sufrimientos. Anda te envío al Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo” (Ex 2,23-3,10).

En el relato, los que sufren no se dirigen a Dios, pero Dios escucha sus gritos, se solidariza con ellos hasta el punto de enviar un mediador para salvarlos.

En el Destierro, el Dios compasivo sufre con el que sufre y lo abraza como la madre al niño recién nacido que grita al iniciar un modo de vivir nuevo fuera del cálido y conocido seno materno. “**Puede una madre abandonar al hijo de sus entrañas pues aunque ella se olvide yo no**” (Is 49,14).

Isaías, el profeta de la “**consolación**”, mediador y vocero del Dios de la compasión, se solidariza con el pueblo que sufre en el destierro a causa

de la injusticia y levanta su esperanza, con el anuncio de un nuevo Éxodo: “**Algo nuevo está brotando no lo notáis**” (43,18) Consuela al que sufre con expresiones de gran ternura “**Yo soy el Señor tu Dios, el Santo de Israel...te aprecio y eres valioso y yo te quiero**” (Is 43 3.ss) “**En mis palmas te llevo tatuada**” (Is 49,14ss) “**Mi amor no se apartará de ti**” (43,1ss).

En los Salmos, los gritos, en su triple dimensión física, espiritual y social culminan en la confianza. El sufrimiento afecta a la persona en su globalidad, en su dimensión física, psicológica y espiritual.

“Cuando llega la enfermedad a la vida de uno, te descoloca, te rompe todos los planes, pone enfermos a los de alrededor, toda la familia está enferma de desasosiego, de preocupación. Notas que eres aguafiestas, que no das la talla, no puedes llevar una agenda, necesitas armarte de paciencia”.

Es la experiencia compartida por **Mary Patxi Ayerra** mujer casada con 3 hijos y 3 nietos en una charla tras una enfermedad con secuela de pérdida de memoria y amnesia.

En la enfermedad la persona sufre en todo su ser: un enfermo de Sida en fase terminal, sufre en sus vísceras pero ese dolor físico se puede calmar con un anestésico, no así el que padece en su alma al no poder salir de la situación de dependencia, y con ello aumentar el sufrimiento de su familia.

Además amigos y vecinos le dejan solo por miedo al contagio o se preguntan qué habrá hecho para llegar hasta esa situación. Los gritos soterrados o expresados inundan los hospitales y los lechos de los enfermos.

Muchos de los salmos de enfermos reflejan esta triple dimensión del sufrimiento.

LH n.314

“No me rechaces ahora en la vejez, cuando me faltan las fuerzas no me abandones, pues mis enemigos hablan de mí...diciendo Dios lo ha abandonado” (Sal.71, 9)
“Yo en cambio aguardo continuamente redoblando tu alabanza” (v. 14).

Y tras el grito la confianza. “Como un niño en brazos de su madre espera Israel en el Señor ahora y por siempre”. (Salmo 131).

Dios nos lleva en sus brazos como Madre que acaricia y acuna y como Padre que nos suelta, aunque camine a nuestro lado para que aprendamos a andar por nosotros mismos, pero sin dejar de mirarnos y siempre dispuesto a abrazarnos cuando caigamos.

Una tal confianza es un regalo, un don “Notas que no es lo mismo cuando se vive solo que cuando se vive con Dios. Con Él es mucho más fácil. Con Dios la vida es diferente”, añade M.Patxi Ayerra en el testimonio ya citado. Refiriéndose a su proceso personal, precisa “Noto que con los años, mi historia de amor con Dios va siendo cada vez más fuerte y dinamizadora...”

Antes era más pequeña y la enfermedad ha sido como una jugada maestra de El para hacerse más hueco”.

El testimonio de esta mujer deja entrever el proceso de vaciamiento interior y por tanto doloroso que media entre el grito y la confianza, proceso reflejado en la experiencia de Job.

El largo y doloroso proceso, acompañado por el silencio de Dios:

“Te conocía tan solo de oídas, ahora te han visto mis ojos” (Job 42,5).

En la educación del pueblo de Israel al que Dios conduce como una madre a su niño, “Puede una madre abandonar al hijo de sus entrañas pues aunque ella te olvide yo no” (Is 49,14), Dios interviene también como padre que deja al hijo en libertad para que aprenda a caminar por sí mismo. No le pierde de vista para ayudarle a tomar conciencia, de los pasos errados que le hacen caer y de lo que le ayuda a levantarse. Experiencia patente en el relato de Job.

El libro de Job se sitúa después del destierro en torno al siglo V, IV antes de Cristo, tiempo en el que entra en crisis la sabiduría tradicional, según la cual los fieles del Señor a cambio de su fidelidad reciben abundancia de bienes y de hijos. El autor del libro a partir de un personaje ficticio, situado fuera del pueblo de Israel, se centra en el escándalo que produce en la humanidad de entonces y ahora el sufrimiento de los inocentes.

Job creyente, reclama justicia ante Dios porque a pesar de su honestidad y fidelidad, “Era el padre de los pobres y examinaba la causa del desconocido...etc.” (Job.29), lejos de obtener el favor de Dios, enferma, es rechazado por su mujer y amigos. Job sufre porque Dios es injusto con él que le ha sido fiel.

A lo largo de 28 capítulos Job grita impotente su dolor ante un Dios que se calla. “Él es el que por un cabello me aplasta” (9,17). “Me creo inocente, me reclama perverso” (v.20). “Él se ríe de la desesperación de los inocentes” (v,23). “Por qué no morí al salir del seno” (3,11). “A que dar a luz al desdichado” (v,20). “El Omnipotente me aterra” (23,16), “Clamo a ti y tu no me respondes” (30,20). “Te has vuelto cruel para mí con todo el vigor de tu mano me persigues” (30,1ss).

En ese momento de la revelación Israel no se plantea la resurrección de los muertos, por eso Job se queja ante Dios “Recuerda que mi vida es un soplo y que mis ojos no verán más la dicha” “muy pronto me acostaré en el polvo, madrugaras por mí y ya no existiré” (7,8.21).

Forma parte de la pedagogía de Dios dejarnos gritar para que podamos ahondar en nosotros y al hacerlo vayamos tomando conciencia de nuestra sed de ser

No obstante en la creencia de la época, tras la muerte, algo del difunto, una sombra subsiste en el Sheol lugar en que los muertos participan de la misma suerte miserable (3,13 -19). “Bien sé que me llevarás a la muerte a la casa de reunión de todos los vivientes”. Por eso grita Job “Por qué no morí al salir del seno” (3,4).

Al escuchar este u otros de los lamentos de Job en un contexto litúrgico decimos: “Palabra de Dios” y respondemos “Te alabamos Señor”. No obstante al escuchar esos mismos gritos en el diario vivir tal vez nos escandalicemos ¿por qué?

Forma parte de la pedagogía de Dios dejarnos gritar para que podamos ahondar en nosotros y al hacerlo vayamos tomando conciencia de nuestra sed de ser y vayamos alcanzando poco a poco el Ser, con los demás y como los demás.

A lo largo del libro de Job, su autor conduce el drama del enfermo de modo que éste a fuerza de gritar y ante el silencio de Dios ahonda en su interior y percibe otra imagen de Dios, distinta a la heredada por la tradición “Te conocía solo de oídas y ahora te han visto mis ojos”. Confiesa el enfermo al final de su proceso (42,5).

“Al hombre bueno convencional sale un hombre profundo. Job representa a la humanidad doliente que busca audazmente a Dios” dice Shökel.

Job en su búsqueda ha ido descendiendo paulatinamente en su conciencia y en esa búsqueda clamorosa ante un Dios que se calla le reclama una respuesta y al no obtenerla intuye la existencia de La figura de un Goell “Yo sé que mi Redentor vive y al fin se erguirá como fiador sobre el polvo” (19,25-28).

El redentor o vengador de sangre, el que ha sufrido y por eso es capaz de solidarizarse con su dolor. El “vengador de sangre”, figura muy importante en Israel que alcanzará su plena realización en Jesús de Nazaret, en cuyo grito en la cruz se solidariza con todos los gritos de la humanidad y los eleva con confianza al Padre.

En sus gritos Job ha ido intuyendo que la vida no puede morir por eso en un momento cumbre del libro afirma

“Después de que me arranquen la piel ya sin carne veré a Dios, Yo mismo lo veré, no como extraño, mis propios ojos lo verán ¿El corazón se me deshace en el pecho!” (19, 26-28).

Momento importante en relación con el “más allá de la muerte”, misterio que se irá revelando paulatinamente en Israel hasta afirmar en el libro de la Sabiduría último escrito del A.T. “El justo aunque muera prematuramente, tendrá descanso” (Sb 4,7).

Job al bucear en su interior, ha percibido en lo hondo que la vida es vida y por lo tanto no puede morir. Ha procurado buscar un sentido a lo que le está sucediendo hasta que al tocar fondo sin encontrar en sí una respuesta a sus preguntas escucha a Dios que por fin aparece para invitarle a un paseo por la naturaleza en la cual nuestro enfermo va descubriendo que la vida que le rodea pujante en la creación, al igual que la suya está permanentemente mantenida por el Creador.

A lo largo de 28 capítulos Job no ha cesado de gritar, y tras la respuesta de Dios, a lo largo de tres capítulos, se rinde y exclama “Te conocía solo de oídas, ahora te han visto mis ojos” (Job42, 5). Job topa con el Misterio, no le asusta, al contrario le apacigua porque estamos llamados a ser en el SER, en Dios, con Dios.

De hecho percibimos a veces en los enfermos o moribundos un cambio similar al operado en Job...un descanso, una paz honda... ¿Cuándo se produce? cuando la persona a fuerza de gritar descende en uno mismo toca fondo y desde lo hondo se abre a la Presencia misteriosa que nos

LH n.314

habita a todas y todos que es al mismo tiempo quien nos ha dado la vida, el ser y nos conduce en la historia a SER.

La persona en la medida en que ahonda en sí camina hacia el nivel de consciencia llamado de Trascendencia en el que vive abierta a un más allá de sí misma, en comunión con los demás vivientes en el caso de los no creyentes o con la fuente de la Vida en los creyentes.

Cumbre del crecimiento humano que se va adquiriendo en un proceso continuo de ir vaciándose y simultáneamente abriéndose para ser con los demás. Nivel al que todos estamos llamados pero al parecer pocos acceden en esta vida.

El relato nos dice que el paso del grito a la confianza tiene que recorrerlo cada uno de modo personal, supone un pasar por lo que S. Juan de la Cruz nos evoca en sus escritos sobre la noche oscura de los sentidos, del espíritu, proceso de purificación que podemos acompañar ¿cómo?

Pero antes del cómo voy a detenerme en considerar quien es el que puede acompañar en ese proceso. El paso del grito a la confianza en la Biblia está acompañado y reclama acompañamiento

“Dichoso el que cuida del desvalido... el Señor lo sostendrá en el lecho de su dolor, volcará la camilla de su enfermedad” (Salmo 41,2).

3/

¿Quién acompaña? “El Señor me llamó y pronuncie mi nombre” (Is 49,1).

Acompaña quién previamente ha visto a Dios. Desde “Moisés enviado para salvar al pueblo de la esclavitud de Egipto”, que vio a Dios entre las zarzas, símbolo del sufrimiento humano que no termina “El que soy estoy y estaré siempre con vosotros” (Ex.3, 14) pasando por el Siervo que en el sufrimiento del Destierro, ve a Dios y se sabe enviado y acompañado por él “Mirad a mi Siervo a quien sostengo” “Sobre él he puesto mi espíritu”... (Is 42,1ss).

“Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado para saber decir una palabra de aliento a los abatidos” (50,4) hasta Ester que ha aprendido desde su juventud que Dios es justo, y ora por su pueblo amenazado de exterminio “Protégeme que estoy sola y no tengo otro defensor fuera de ti (...) escucha el clamor de los desesperados y a mí ¡quítame el miedo!” (Ester4. 17ss).

Los que acompañan son grandes creyentes que claman y confían solidarizados con su pueblo desde la experiencia de que al final Dios salva, aunque no excluye el dolor. En nuestro caso, acompaña quién se fía de Jesús muerto y resucitado, y cree que la vida no termina, que caminamos hacia una plenitud más allá de la muerte, acompañados por el Espíritu de Dios.

“Sobre él he puesto mi espíritu” dice el Siervo (Is 42), y los discípulos de Jesús creemos que el “Espíritu del que resucitó a Jesús de la muerte habita en nosotros y dará vida a nuestros cuerpos mortales” (Rm 8,11).

Por lo tanto puede acompañar quien asume el temor de la muerte con esperanza. Y la esperanza significa caminar fiados en Jesús y con Jesús, el Viviente que nos espera para hacernos vivir en plenitud...

Quien es consciente del anhelo humano de vivir en plenitud a partir de la dolorosa experiencia que conduce del ser al SER. Proceso largo como lo hemos visto en Job...

En el grito de Job pueden reflejarse tantos otros que nosotros escuchamos o intuimos cuando asistimos mudos a un enfermo o moribundo, ese grito y búsqueda lejos de ser estéril puede ser fecundo cuando la persona afectada ahonda en sí misma, hasta descender a la fuente de la que mana la vida en todos y cada uno... Y allá en el raíz de su existencia puede intuir como Job que tiene que haber un “más allá” “Ya sin vida veré a Dios”. (Job 19,36).

Quien confía en el Dios de la Vida que desea nuestra felicidad y nos acompaña en el camino de vuelta a él, fuente de nuestra vida. Confiar como el Siervo en Isaías, que en el terrible sufrimiento del Exilio producido por la injusticia y sus secuelas, se fía en el Dios de la Vida y se solidariza con el pueblo que sufre, hasta dar la vida por él con la esperanza de que esa vida entregada redundará en bien de muchos.

Confiar como Jesús el Siervo que se solidariza, muere en la cruz con los que gritan. “Jesús descende a los infiernos, está con nosotros en el infierno que estamos pasando con el desequilibrio de mi hijo alcohólico” me decía hace poco una mujer ¿Nos solidarizamos con él en los que sufren hoy en el mundo?

¿Llegará el amor del acompañante a ponerse en el lugar del enfermo y del moribundo hasta cambiarse por él?

Solidarizados significa que caminamos con los que acompañamos haciendo nuestro su propio dolor desde el común anhelo de vivir, con la

esperanza,- al menos la nuestra - de que nos será dado alcanzar la vida en plenitud apoyados en la promesa de Jesús.

Como acompañantes conocemos el camino que conduce a la paz y pasa por la aceptación de lo real, conocemos también los escollos que irrumpen en nuestro deseo de vivir y vivir felices y nos sorprenden: enfermedades propias o ajenas etc... lo que nos permite solidarizarnos con quienes las están sintiendo.

A veces nos parece que acompañar es hacer compañía al que está solo para que se entretenga... cuando en ese momento esa persona en la soledad y despojo que propicia la enfermedad, con la consciencia de su fragilidad y la amenaza de la muerte en el horizonte, se está planteando el sentido de su vida ¿Cómo estar con él en su grito? o ¿en su confiado caminar hacia la plenitud de la vida?

4/

¿Cómo acompañar desde el común anhelo de vivir y Vivir en plenitud? “Cada mañana me espabila el oído para que escuche, para saber decir una palabra de aliento... a los abatidos” (Is 50,4).

Escuchar, en una doble escucha: a Dios que habita en la persona acompañada, atenta a sus gritos ofreciéndole vivir, muriendo

LH n.314

y resucitando en ella, y escuchar a quien sufre y busca vivir.

Escuchar supone no solo oír como los amigos de Job que dan consejos desde fuera y cansan al enfermo con palabras aprendidas de memoria oídas de otros, que no brotan de la propia experiencia, palabras, que el enfermo intuye son vanas, y le cansan. “Lo que vosotros decís lo sé yo también, pero yo quisiera hablar al Omnipotente” (Job 13,2). “Callad y dejadme que hable yo pues vosotros sois inventores de falacias, médicos que nada curáis” (Job 13, 3,4).

Escuchar significa atención para percibir el ser más hondo de la persona a través de sus expresiones por los gestos, palabras etc. Por eso añadimos escuchar con empatía es decir intentando sintonizar con los sentimientos favorables o desfavorables con los que la persona percibe su realidad, cuando así lo hacemos la persona se siente en verdad acompañada.

Actitud nada fácil que supone dejar los propios intereses, para buscar el modo de comulgar con la persona acompañada en su hondura existencial. Es lo que no hacen los tres amigos de Job, al intentar dar respuesta a las preguntas ¿Por qué sufro? ¿Por qué Dios me castiga? ¿Por qué siendo justo padezco esta enfermedad? Preguntas que pueden darse en quienes acompañamos. Como contraste el autor del libro adopta la postura de la escucha y del silencio.

Deja que Job grite hasta que cansado al no encontrar en sí la respuesta, escucha al que intuye presente en su interior, y lo ve presente en la bondad de la naturaleza que le rodea. Ese proceso, vivido con mayor o menor conciencia es el que nos conduce finalmente a dejarnos hacer por Dios

“Como un niño en brazos de su madre, espere Israel en el Señor” (131).

Respetar el proceso de la persona acompañada. Respetar según E.From es una de las cualidades para que la persona se sienta amada, y una de las actitudes para amarla. Significa responder a las necesidades conscientes o inconscientes del otro.

En el enfermo esas necesidades se concentran en vivir, y vivimos cuando vemos satisfecha nuestra honda necesidad de ser amados para amar. Por lo cual se trata de respetar sus anhelos de vivir y su escándalo, su miedo ante el temor de perder la vida.

Respetar significa también que la persona acompañada es quien dirige el proceso. ¿A dónde quiere llegar?... De modo consciente o inconsciente, a tener paz, a sentirse amado que es nuestra aspiración más honda. Respetar por lo tanto a la persona enferma comulgando con su silencio como hace el autor del libro de Job o el mismo Dios.

Respetar acompañando al paciente con la confianza puesta en la Presencia amorosa, que lentamente y a través de un proceso en el que alternan los gritos y los gozos será al fin reconocida “Ahora te han visto mis ojos”. Proceso largo que acompañamos puntualmente sin pretender ver el final que requiere tiempo. Lo hacemos desde la confianza en el Dios de Jesús que está actuando y acompañando con amor a la persona que sufre.

“Observar, identificar, comprender, amar”, actitudes que según J.Melloni, favorecen el diálogo interreligioso y pueden aplicarse al proceso del acompañamiento. Proceso que se inicia en observar para culminar en amar o inversamente puede iniciarse en amar para culminar en observar.

Proceso que percibo tanto en el Siervo como en el autor del libro de Job: Ambos al observar la realidad que les circunda identifican la causa de lo que hace sufrir: la injusticia y sus secuelas en una situación de Destierro para el Siervo y el escándalo ante el sufrimiento del inocente, para Job.

En el enfermo esas necesidades se concentran en vivir, y vivimos cuando vemos satisfecha nuestra honda necesidad de ser amados para amar

5/

La confianza del A.T alcanza su cumbre en María. “Dichosa tú que creíste que se cumplirá lo que se te ha dicho de parte de Dios” (Lc 1,45).

María de Nazaret. Heredera de la fe judía, y puente entre el antiguo y nuevo testamento, se fía de Dios. Se fía del mensajero que le anuncia “Para Dios nada hay imposible” (Lc 1,37).

Se fía de que el Espíritu está con ella “El Espíritu vendrá sobre ti”. María responde: “Aquí tienes a la esclava del Señor” (Lc 1,35). Actitud de darse totalmente que el evangelista Juan expresa diciendo que María “está”.

En Caná (Jn 2,1) está para alegrar la vida de unos novios, al pie de la cruz está con su Hijo sufriendo con la esperanza en la resurrección (Jn 19,23). Ella nos enseña a estar con las personas a las que acompañamos en las situaciones en las que se encuentren y a confiar en Dios que nos acompaña en el camino hacia la Vida en plenitud...

Ambos se solidarizan con el dolor del pueblo y del individuo, los comprenden y les muestran el amor que Dios les tiene. En el caso del Siervo dando la vida por el que sufre (Is 53) y en el caso de Job con la percepción del Göel, que se solidariza con él en su dolor “Está en el cielo mi Göel” (Job 19)...

Ambos se refieren a un Dios que sufre con nosotros y nos da vida más allá de la muerte. El Siervo “Por los trabajos soportados verá la luz, mi siervo inocente rehabilitará a todos” (Is 53, 11). Y Job “Yo sé que está vivo mi vengador... Ya sin carne veré a Dios” (Job 19,25-26).

Comulgar desde la esperanza y la Paz “Como un niño en brazos de su madre espere Israel en el Señor” (Salmo130). El Salmista confía y está en paz. El niño a veces grita, otras se adormece, pero en todo momento su madre que le lleva en brazos le acuna, le acaricia, le ama.

El niño no está solo. Que Dios nos lleva en sus brazos, es la experiencia que recorre el A.T. mantiene su esperanza y culmina en la Paz.

Esa experiencia cuando es también la nuestra nos permite estar en íntima comunión con quienes ya la viven o están en camino de alcanzarla.

Y esa comunión en la esperanza es un modo de acompañar, que está siempre a nuestro alcance, tanto para el enfermo que se debate por alcanzar la paz como para quien ya goza de ella.

Con la confianza en Jesús muerto y resucitado que nos acompaña con su Espíritu nos adentramos junto con la persona acompañada en el Misterio de la vida que brota de la muerte, con la esperanza de encontrar la Paz.

Y en comunión honda y silenciosa con la persona acompañada orar: “Desde lo hondo a ti grito Señor” “Porque del Señor viene la misericordia, la redención copiosa y el redimirá a Israel ahora y por siempre” (130). “Guarda mi alma en la paz junto a ti Señor”.

Bibliografía

Como entenderá el lector la bibliografía sobre el misterio de la enfermedad y el sufrimiento es inmensa; también es innumerable la bibliografía sobre la locución “no temas” tanto en el AT como en la predicación de Jesús. Por eso ofrecemos al lector un sucinto elenco bibliográfico para que pueda, si así lo desea, ahondar en la cuestión. Cada uno de los libros citados contiene a su vez una bibliografía relevante.

▶ **AMENGUAL, G.**
Antropología Filosófica,
ed. BAC, Madrid, 2009.

▶ **BARBAGLIO, G. (ed.)**
Espiritualidad del Nuevo Testamento,
ed. Sígueme, Salamanca, 1994.

▶ **BONORA, A.**
Espiritualidad del Antiguo Testamento,
ed. Sígueme, Salamanca, 1993.

▶ **GNILKA, J.**
Pablo de Tarso, Apóstol y testigo,
ed. Herder, Barcelona, 1998.

▶ **GOURGES, M.**
Jesús ante su pasión y su muerte,
ed. Verbo Divino, Estella, 2002.

▶ **GRELOT, P.**
Hombre ¿quién eres?,
ed. Verbo Divino, Estella, 2004.

▶ **JÜNGEL, E.**
Dios como misterio del mundo,
ed. Sígueme, Salamanca, 1984.

▶ **KITAMORI, Y.**
Teología del dolor de Dios,
ed. Sígueme, Salamanca, 1985.

▶ **LÉON-DUFOUR, X.**
Lectura del Evangelio de Juan,
ed. Sígueme, Salamanca 1995.

▶ **LÉON-DUFOUR, X.**
Jesús y Pablo ante la muerte,
ed. Cristiandad, Madrid, 1982.

▶ **MARCHANDOUR, A.**
Muerte y vida en la Biblia,
ed. Verbo Divino, Estella, 2002.

▶ **MORA PAZ, C. A.**
*“Colosenses”, en W. R. Farmer (dir.),
Comentario Bíblico Internacional*,
ed. Verbo Divino, Estella, 1999, pp.1545-1555.

▶ **MOURLON, P.**
El Hombre en el lenguaje bíblico,
ed. Verbo Divino, Estella, 2007.

▶ **PLAZAOLA, J.**
Historia y sentido del Arte Cristiano,
ed. BAC, Madrid, 1996.

▶ **PUIG, A.**
Jesús de Nazaret,
ed. Proa, Barcelona, 2008.

▶ **RAMIS DARDER, F.**
Isaías 1-39,
ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 2008.

▶ **RAMIS DARDER, F.**
*La Comunidad del Amén.
Identidad y Misión del
Resto de Israel*,
ed. Sígueme, 2012.

▶ **SÁNCHEZ BOSCH, J.**
*“Corintios”, en W. R. Farmer (dir.),
Comentario Bíblico Internacional*,
ed. Verbo Divino, Estella, 1999,
pp.1489-1507-



03/La confianza de Jesús: “No tengáis miedo”.

Francesc Ramis Darder,

Doctor en Teología. Facultat de Teologia de Catalunya.
Profesor. Centre d'Estudis Teològics de Mallorca
e Institut de Ciències Religioses de Mallorca

“¿Por qué tenéis miedo?”

¿Aún no tenéis fe?”

(Mc 4,40)

La expresión “no tengáis miedo” resuena muchas veces en labios de Jesús y en la voz de los profetas. El valor de la locución no se agota en el plano de la seguridad psicológica, sino que abraza la perspectiva teológica. Aguzando el sentido catequético, constituye la invitación que el Señor dirige al ser humano para que busque el sentido de su vida en el designo divino. A lo largo del artículo, perfilaremos el significado teológico de la exclamación “¡no tengáis miedo!”. Comenzaremos el estudio, esbozando el sentido de la expresión entre las páginas del Antiguo Testamento, concretamente en la profecía de Isaías. A continuación, perfilaremos la plenitud del significado que emana de labios de Jesús. Después, delinearemos el sentido teológico del sufrimiento humano; iniciaremos el esbozo fijándonos en la experiencia de Jesús para detenernos, a continuación, en la perspectiva del apóstol Pablo. Seguidamente, contemplaremos la figura de María que, bajo la imagen de la Virgen de la Piedad, despunta como ejemplo privilegiado de persona que, ahuyentando el miedo, pone el azar de su vida en manos de Dios. Una bibliografía sucinta pondrá fin al estudio. Como es obvio, el objetivo del estudio no se agota en el aspecto académico; pues el fin último de estas líneas estriba en motivar la tarea evangelizadora de quienes comprometemos nuestra vida en el ámbito de la pastoral sanitaria.

Palabras clave:

Confianza, Jesús, Miedo, Acompañamiento, Sufrimiento.

The expression "do not fear" often resounds on the lips of Jesus and the voice of the prophets. The value of the phrase is not limited in terms of psychological assurance, but embraces the theological perspective. Straining catechetical sense, it is the invitation that the Lord directs the Human Being to seek the meaning of life in the divine design. Throughout the article, we will outline the theological meaning of the exclamation "Do not fear!" We begin the study, defining the meaning of the expression in the pages of the Old Testament, particularly in Isaiah's prophecy. Then we will outline the fullness of meaning that emanates from the lips of Jesus and the theological meaning of human suffering; we will start by looking at the experience of Jesus to then stop and have a look from the perspective of the Apostle Paul. Then, we will contemplate the figure of Mary, who -under the image of the Virgin of Mercy- stands out as prime example of someone who, banishing fear, puts the chance of her life in God's hands. A brief bibliography will end the study. Obviously, the goal of the study is not limited to academics, as the ultimate goal of these lines is to encourage evangelization of those who commit our lives in the area of pastoral care.

Key words:

Trust, Jesus, Fear, Accompaniment, Suffering.

1/

Sentido teológico de la expresión “¡No temas!”.

1/1.

La perspectiva del Antiguo Testamento.

Durante el siglo VIII a.C., la situación del Próximo Oriente Antiguo era convulsa. Asiria, la potencia dominante, había sometido a tributo a los pequeños reinos de Levante: Siria, Israel, Judá, Filistea y otros estados minúsculos. De pronto, la prepotencia asiria se vio memada, pues la rebelión de algunas ciudades y los ataques enemigos procedentes del norte y del este resquebrajaron la solidez del imperio.

Aprovechando la coyuntura, los pequeños estados del Levante intentaron zafarse del dominio asirio. Siria e Israel encabezaron una coalición de pequeños reinos que intentaban sacudirse el flagelo asirio. Aun así, el pequeño estado de Judá se negó a participar en la conjura. Entonces, Siria e Israel atacaron Judá para derrocar al monarca legítimo, Ajaz, y entronizar a Tabeel, un arameo afín a los intereses de la coalición anti-asiria. Los historiadores denominan “**guerra Siro-efrainita**” a la guerra que Siria e Israel entablaron contra Judá. El libro de Isaías expone los avatares que trenzaron la

guerra Siro-efrainita. Mientras Ajaz reinaba en Judá, Rasín, rey de Siria, y Pécaj, rey de Israel, subieron a atacar Jerusalén. Cuando el rey Ajaz y su corte conocieron el ataque “**se agitó su corazón como se agitan los árboles del bosque**” (Is 7,2). La locución “**agitarse el corazón**” define el miedo que embargó al rey y a los dirigentes de la ciudad.

Al decir de la Escritura, el miedo no se reduce a un estado psicológico, sino que es la expresión externa de la falta de fe, pues quien tiene miedo desconfía de la protección que le brinda el Señor.

Cuando el Señor entrevió el miedo de Ajaz, eco de su fe mermada, dijo al profeta Isaías:

“**Ve al encuentro de Ajaz, con tu hijo Sear Yasub, hacia el extremo del canal de la alberca de arriba**” (Is 7,3).

No es casual que el rey se encuentre en el canal de la alberca; pues, temiendo el ataque de Rasín y Pécaj, habría ido a comprobar si el suministro de agua podía permitir a la ciudad aguantar un asedio. Aunque el rey presiente el ataque, no deposita su confianza en Dios, se limita a constatar las defensas materiales de la urbe. Conocedor del miedo del rey, dice el Señor a Isaías:

“**Dile a Ajaz: Conserva la calma, no temas y que tu corazón no desfallezca [...] aunque Siria y Efraín (Israel) tramen tu ruina [...] pues así ha dicho el Señor: Ni ocurrirá ni se cumplirá**” (Is 7,4-7);

Conviene precisar que, en tiempos antiguos, el Reino de Israel también se conocía con el nombre de Efraín. El Señor añade, por boca de Isaías, una sentencia lapidaria:

“**Si no creéis, no subsistiréis**” (Is 7,9).

¿Qué significa?

Las palabras castellanas “**creéis**” y “**subsistiréis**” traducen, en diferentes conjugaciones, la misma raíz hebrea que significa “**sostenerse (‘mn)**”; en este caso concreto “**sostenerse en Dios**”, expresado poéticamente “**sostenerse en las manos de Dios**”. Aguzando el sentido catequético, el Señor dice al rey Ajaz y a la corte: “**Si no os sostenéis en el Señor, nada os podrá sostener**”; pues no serán las armas, ni el suministro de agua quienes salvarán Jerusalén, sino la confianza en el Señor, el libertador de su pueblo (Is 52,19). Sin embargo, Ajaz y su corte se dejaron vencer por el miedo. Ajaz, temeroso de perder la corona, solicitó el auxilio de Asiria. La Gran potencia, recuperada de su postración, acudió en ayuda de Ajaz. Teglarfalar III, emperador asirio, y sus sucesores, Salmanasar V y Sargón II, conquistaron Siria e Israel, y liberaron Judá del acoso extranjero (722 a.C.; ver: 2Re 17). No obstante, el auxilio asirio no fue gratuito, pues Ajaz tuvo que pagar un tributo exorbitado que sumió Judá en la miseria (2Re 16).

Ajaz se había dejado vencer por el miedo, metáfora de la falta de fe, por eso el país no subsistió en libertad, sino que se vio sometido a la arbitrariedad asiria que sumió Judá en la pobreza. Como hemos señalado, “**el miedo**” (Is 7,4) no se reduce a una cuestión psicológica, atestigua la falta de fe; a modo de correlato, el sentido de “**la calma**” tampoco se agota en la perspectiva psicológica de la seguridad personal, constituye la expresión externa de vivencia de la fe. El contraluz de Ajaz, el rey miedoso, lo constituye su hijo, Ezequías, el soberano que, depositando la confianza en Dios, venció el miedo y obtuvo la salvación de Jerusalén. Después de la muerte de Ajaz, otro emperador asirio, Senaquerib, emprendió una campaña para subyugar a los pequeños estados del Levante y confutar la amenaza de Egipto, la potencia

intrigante que pretendía desbancar el señorío asirio en Oriente (ca 701 a.C.). Senaquerib penetró en Judá; según narra la Escritura, tomó cuarenta y seis ciudades y asedió Jerusalén para rendirla por hambre (Is 36-38). Ezequías, aterido de miedo, pensó entregar la ciudad a las huestes asirias; pero el Señor, por boca de Isaías, le dijo:

“**Yo haré de escudo a esta ciudad para salvarla, por mi honor y el de David, mi siervo**” (Is 37,35).

Ezequías confió en la palabra del Señor, expresada por boca de Isaías; el rey no se rindió y Jerusalén se vio liberada de la amenaza asiria. La profecía relata la liberación con el lenguaje propio del AT:

“**Aquella misma noche, el ángel del Señor avanzó y golpeó en el campamento asirio [...] Senaquerib, rey de Asiria, levantó el campamento y regresó a Nínive**” (Is 37,36-37).

La Escritura describe la actitud de ambos reyes para confrontar el miedo de Ajaz, símbolo de la falta de fe, con la confianza de Ezequías, alegoría del soberano creyente. El monarca miedoso, Ajaz, falto de fe, constató la penuria de Jerusalén; mientras Ezequías depositó la confianza en Dios, alegoría de la fe fuerte, y salvó Jerusalén. No es el miedo sino la fe la actitud que orienta la historia humana hacia la eclosión del Reino de Dios.

1/2.

La visión del Nuevo Testamento.

La perspectiva liberadora del Antiguo Testamento halla su plenitud entre las páginas del Nuevo

Testamento. Jesús había anunciado la Buena Nueva a la gente apostada en la ribera occidental del lago de Genesaret; entonces, ávido por predicar la palabra a las poblaciones del litoral oriental, dijo a sus discípulos: **"Vamos a la otra orilla" (Mc 4,35)**. Todos embarcaron para cruzar el lago de Genesaret desde occidente hacia oriente. El lago está situado en la región de Galilea, al norte de Israel; también se le llamaba lago de Tiberíades y Mar de Galilea.

Ente las peculiaridades del lago, una es especialmente relevante. El lago es generalmente de aguas tranquilas, pero, a menudo, se encrespa hasta provocar tempestades que amenazan con hundir las barcas que surcan las aguas. Hoy sabemos que la tempestad tiene su origen en las condiciones meteorológicas de la región, pues el cambio en la dirección del viento y la alteración de la temperatura provocan las galernas. Sin embargo, en tiempos de Jesús, la gente daba una explicación religiosa al acontecimiento; suponían que bajo las aguas, en el fondo del lago, habitaban los demonios que agitaban el agua y ponían las naves en peligro de zozobra.

Cuando Jesús y sus discípulos hubieron emprendido la travesía, se levantó una fuerte tempestad y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. Mientras tanto, Jesús en popa, estaba dormido sobre un cabezal. Entonces, lo despertaron diciéndole: **"Maestro ¿no te importa que perezcamos?" (Mc 4,38)**. Jesús se puso en pie, increpó al viento y dijo al mar: **"¡Silencio, enmudece!" (Mc 4,39)**. Enseguida, el viento cesó y vino una gran calma. Con sus palabras, Jesús declara su soberanía sobre las fuerzas diabólicas que, ocultas bajo las aguas y entre el soplo del viento, agitan la barca (**ver: Mc 1,23-17**); pues Jesús, presencia encarnada de Dios entre nosotros (**Ju 1,21.14**), es Señor del Cosmos entero (**ver: Sal 89,10; 93,3**).

Calmadas las aguas, Jesús dijo a sus discípulos: **"¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?" (Mc 4,40)**. Apreciamos, de nuevo, la contraposición entre la seguridad que confiere la

fe y la ansiedad que provoca el miedo, eco de la carencia de fe. Vemos, pues, que la fe, la confianza en Jesús, provoca en el ser humano la certeza de sentirse seguro en las buenas manos de Dios, mientras el miedo, la ausencia de fe, siembra en el hombre la angustia ante cualquier adversidad.

Al decir del AT, la angustia ante el futuro que depara la vida constituye la característica de quienes viven apegados a la idolatría.

Como sabemos, la idolatría no se reduce a la pasión por adorar imágenes de fetiches; la idolatría consiste en confiar la vida al poder del dinero, al ansia de dominio sobre los demás, y al empeño por la hipocresía, la pasión por aparentar ante los otros aquello que no somos. En contraposición a la idolatría, la calma define la identidad de quien tiene fe, la actitud de quien deposita el curso de la existencia en las manos de Dios, el señor de la vida y el guía de la historia humana (**Is 45,20-25**).

Quizá por eso brota tan a menudo de labios de Jesús la expresión **"¡No temas!"**, dirigida a los discípulos y a quienes le siguen (**Mt 14,26.27; 17,6-7; 28,10**). Adoptando una perspectiva catequética, cuando Jesús exclama **"¡no temas!"**, está invitando a quien le escucha a depositar la confianza en él, el único salvador, a la vez que le invita a desdenar el falso poder de los ídolos. Aguzando el ingenio catequético, podríamos decir que la expresión de Jesús **"¡no temas!"** equivale a la sentencia **"¡ten fe!"**.

Cuando Jesús entró en casa de Jairo, el jefe de la sinagoga, para curar a su hija, le dijo: **"No temas; basta que tengas fe, y tu hija se salvará" (Lc 8,50)**; y, en otro momento, dijo a Marta, hermana de Lázaro: **"el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre" (Jn 11,25-26)**.

La fe en Jesús no solo aleja el miedo, metáfora de la idolatría, sino que planta en el corazón humano la certeza de la vida para siempre en las buenas manos de Dios.

La veracidad de la palabra y el testimonio del acompañamiento conforman la llave que ha abierto el corazón de tantos enfermos al encuentro con Jesús

Un aspecto relevante de la pastoral sanitaria consiste en repetir a oídos del enfermo las palabras de Jesús, **"¡no temas!"**, o, dicho de otro modo, **"¡confía en el Señor!"** En el compromiso pastoral por los enfermos, pronunciamos las palabras de Jesús no solo con nuestros labios, sino sobre todo con el testimonio de nuestro acompañamiento. Sin duda, la veracidad de la palabra y el testimonio del acompañamiento conforman la llave que ha abierto el corazón de tantos enfermos al encuentro con Jesús, el Salvador del mundo.

Desde la perspectiva bíblica, el tiempo de enfermedad es una ocasión privilegiada para el encuentro entre el hombre y Dios; es una ocasión privilegiada para que quienes colaboramos en la pastoral sanitaria podamos plantar o acrecer la semilla del evangelio en el alma del enfermo. Por eso, entre las líneas del siguiente apartado esbozaremos, desde la perspectiva de la Escritura, el calado religioso de la enfermedad como ámbito privilegiado para el encuentro entre Dios y el hombre. De ese modo, apreciaremos que el tiempo de dolor es un tiempo privilegiado para anunciar al enfermo las palabras de Jesús, **"¡no temas!"**, sinónimo de la expresión salvadora **"¡confía en el Señor!"**

2/

El sentido teológico del sufrimiento humano.

Cuando abrimos las páginas de los periódicos, nos sobrecoge el sufrimiento que agrieta el corazón de tantas personas y de tantos países; sin duda, el fragor de la guerra, el azote del hambre, o el dolor de la enfermedad desgarran el alma de la humanidad. No en vano, ahito de palpar el sufrimiento, exclamó Job entre las páginas del AT:

“El hombre, nacido de mujer, corto de días y harto de dolores” (**Job 14,1**).

El sufrimiento nacido de la guerra no brota de la casualidad, ni del azar; tampoco procede del designio divino, como si Dios deseara enfrentar a unos pueblos con otros para disfrutar de la contienda. La guerra nace de la injusticia; pues brota del afán de poder de los países ricos sobre las naciones pobres. Ante la barbarie, el ser humano debe oponerse a la guerra con todas sus fuerzas, sembrar en el mundo el germen de la justicia, y paliar con el ejercicio de la solidaridad los desmanes de la violencia. La cornada del hambre que desteje la sociedad de tantos países del Tercer Mundo tampoco procede de la casualidad, ni se origina en el designio divino contra algunos pueblos; el origen hambre procede de la injusticia sobre la que se estructura la sociedad humana. De ahí nace la obligación moral de luchar contra la injusticia y el deber de paliar los estragos de las hambrunas, rostro de la injusticia social, con la práctica de la solidaridad.

Las catástrofes naturales, como pueden ser terremotos o maremotos, no proceden del designio divino contra el ser humano; nacen de la misma estructura geológica del planeta Tierra. Ante una catástrofe ecológica, el ser humano tiene la obligación de alentar el desarrollo científico-técnico para prevenir o atemperar las adversidades naturales, a la vez que tiene el deber de aliviar, mediante el ejercicio de la solidaridad, el sufrimiento que origina cualquier desastre natural. Algo semejante podríamos decir del penar nacido de la enfermedad. Una enfermedad no brota del designio de Dios que la envía contra un paciente; la enfermedad nace del mismo carácter limitado de la naturaleza humana que, como tal, envejece y se deteriora. La actitud del ser humano ante la enfermedad abraza dos aspectos complementarios; por una parte, el hombre debe mitigar, mediante el compromiso en el desarrollo científico-técnico, el dolor causado

por cualquier dolencia, a la vez que debe suavizar las consecuencias dolorosas de la enfermedad, mediante el acompañamiento de los enfermos y la solidaridad con quienes sufren.

Desde la perspectiva puramente humana, la postura del hombre ante la enfermedad abraza los dos ámbitos que acabamos de mencionar; el ser humano debe colaborar, en la medida de sus posibilidades, en el desarrollo científico-técnico que propicia el avance de la medicina, y adiestrarse en el ejercicio de la solidaridad hacia los enfermos.

Desde la perspectiva humana, las cosas son como acabamos de decir; pero, desde la perspectiva creyente, ¿es posible una interpretación teológica de la enfermedad? El libro de Job, mencionado antes, insinúa que la enfermedad puede ser entendida desde la perspectiva creyente. Cuando la mujer de Job se hartó de ver el penar de su marido, le dijo: “Maldice a Dios y muérete” (Job 2,9); pero Job, aferrado a la fe, le contestó:

“Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?” (Job 2,10).

Desde la perspectiva cristiana, aguceemos el sentido de la pregunta, ¿percibimos algo más profundo en la enfermedad cuando la contemplamos con los ojos de la fe cristiana? Con intención de ensayar una respuesta, esbozaremos brevemente la actitud de Jesús y la perspectiva del apóstol Pablo ante la dureza del sufrimiento.

2/1.

La perspectiva de Jesús de Nazaret.

A lo largo del Evangelio, apreciamos en diversas ocasiones el sufrimiento de Jesús (ver: Lc 4,29-30); aún así, el padecimiento adquiere particular

relevancia en el huerto de Getsemaní (Mc 14,32-42) y en la cruz del Calvario (Lc 23,44-49). En el huerto y entreviendo el dolor de la cruz, el penar de Jesús fue especialmente duro, pues dijo a sus discípulos: “Mi alma está triste hasta la muerte” (Mc 14,34); sin embargo, Jesús no se dejó abatir por la angustia, sino que exclamó:

“Padre: tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres” (Mc 14,36).

Como es obvio, Jesús palpó el miedo ante la pasión inminente, pero no sucumbió a las zarpas del miedo, sino que puso toda la confianza en las manos del Padre. Más tarde, en la cruz, Jesús padeció sin media; pero, transido de dolor, exclamó: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46); sin duda, Jesús sintió el dolor de la cruz, pero no cedió al ajenjo del miedo, sino que depositó su confianza en las manos del Padre.

Las páginas del evangelio definen a Jesús como Hijo de Dios (ver: Mc 16,16), a la vez que muestran como el mismo Jesús se dirige a Dios como su Padre (ver: Mt 10,32). Ahora bien y como hemos expuesto, es en el momento de mayor sufrimiento, en Getsemaní y en el Calvario, cuando Jesús vive con mayor hondura su comunión con el Padre.

Constatando la experiencia de Jesús, podemos extraer una primera conclusión; adoptando una vez más una perspectiva catequética, percibimos como el sufrimiento ha sido la mediación que ha crisolado la comunión entre Jesús y el Padre.

El compromiso en la pastoral sanitaria muestra que, a veces, cuando un enfermo está en estado grave, solicita la visita del capellán, o suplica el auxilio espiritual de un voluntario; también muestra que parte del personal sanitario, si no es creyente, a veces atribuye el deseo del enfermo al pánico que siente ante el dolor o la muerte.

Desde la perspectiva cristiana, debemos entender que bajo la súplica del enfermo se esconde la ocasión que Dios le concede para que pueda encontrarse con él en un momento difícil de su vida. El dolor del enfermo y su solicitud de ayuda constituye la ocasión que Dios brinda al voluntario de la pastoral sanitaria para que pueda decir al enfermo las mismas palabras de Jesús: “¡No tenga miedo!”. Desde la perspectiva cristiana podemos afinar la conclusión; así como el penar de Jesús fue la “ocasión” que acrisoló su comunión con el Padre en Getsemaní y en el Calvario, el dolor del enfermo es la ocasión que Dios le ofrece para encontrarse con él en el lecho del dolor.

Ahondando en la cuestión, el evangelio descubre aun otra perspectiva que permite intuir el valor teológico del sufrimiento de Jesús. El prólogo del evangelio de Juan abre sus versos con la mayor solemnidad: “En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios” (Jn 1,1); más adelante, certifica: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1,14). Así, el poema sentencia que el Hijo de Dios se hizo carne en la persona de Jesús de Nazaret; conviene precisar que el término “carne” constituye un sinónimo del vocablo “hombre”, en cuanto ser caduco y mortal.

Si después del Prólogo continuamos leyendo el evangelio de Juan, apreciaremos que Jesús recibe títulos de gran hondura teológica. Juan Bautista le llamará: “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29); los discípulos del Bautista le llamarán “Rabí” (Jn 1,38); Natanael le dirá “Hijo de Dios” y “Rey de Israel” (Jn 1,49); la Samaritana le llamará “Señor” (Jn 4,11); los apóstoles le dirán “Maestro” (Jn 4,31), etc. Sin embargo para encontrar un personaje que se dirija a Jesús llamándole “hombre”, alegoría del término “carne”, tenemos que aguardar a los relatos de la pasión. Encontramos el término “hombre” en las palabras que Caifás, sumo sacerdote, había dirigido al consejo judío para sugerir la condena de Jesús: “Conviene que muera un

solo hombre por el pueblo” (Jn 18,14); como es lógico, el sustantivo “hombre” se refiere a Jesús de Nazaret. La narración de la pasión presenta otro personaje que apela al sustantivo “hombre” para dirigirse a Jesús; mientras el Sanedrín interrogaba a Jesús, una portera dijo al apóstol Pedro: “¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?” (Jn 18,17); de nuevo el vocablo “hombre” alude a la identidad de Jesús.

En los relatos de la pasión, como acabamos de exponer, aparece el término “hombre” para definir la personalidad de Jesús. No obstante, la identificación más relevante de Jesús como hombre brota de labios de Pilato. Tras interrogar a Jesús, el gobernador lo mandó azotar (Jn 19,1-16). La flagelación era una tortura especialmente cruel. En primer lugar, el reo era flagelado con varas; el golpe de las varas reblandecía la carne y destejía la piel. A continuación, sufría el azote del látigo. La forma del látigo consistía en un palo del que colgaban tiras de cuero, en el extremo de cada tira había una bola de plomo o un huesecillo. Cada vez el látigo golpeaba al reo, le arrancaba un pequeño trozo de carne; sin duda, era un momento muy doloroso.

Después de azotar a Jesús, los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; cuando las espinas atravesaban la piel de la cabeza, rasgaban el hueso del cráneo hasta producir un dolor paroxístico. Por si fuera poco, los soldados se acercaban a Jesús para decirle: “¡Salve rey de los judíos!”; y como recalca el evangelio “le daban bofetadas” (Jn 19,3). Sin duda, la flagelación, la coronación de espinas, los insultos y las bofetadas constituyen un momento especialmente doloroso; Jesús sufre el dolor físico y la humillación psicológica. Según la opinión de algunos comentaristas, el episodio de la flagelación refleja el momento más doloroso, físicamente hablando, de la pasión.

Cuando acabó la flagelación y la burla, Pilato presentó a Jesús ante las turbas que, vociferando, exigían su muerte. Mostrando a Jesús azotado,

coronado de espinas, y cubierto por el manto, dijo Pilato a la gente: **"He aquí al hombre"** (Jn 19,5; ver: Is 53). Notemos la hondura teológica de la expresión. A lo largo del Cuarto Evangelio, como hemos expuesto, Jesús ha sido reconocido con títulos solemnes, pero solo en uno de los momentos de mayor sufrimiento, durante la flagelación, ha sido reconocido como **"hombre"**, por boca de Pilato.

De modo parejo, la tradición sinóptica pone en labios del centurión, apostado al pie de la cruz, la identificación de Jesús como **"hombre"**, pues, contemplando la muerte de Jesús, exclamará: **"Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios"** (Mc 15,39). La cuestión teológica relevante estriba en constatar que en los momentos de mayor sufrimiento, el evangelio desvela la naturaleza humana del Hijo de Dios (Jn 1,1.14; 19, 1-16).

Adoptando de nuevo la óptica catequética, la teología esboza una pregunta: ¿de que le sirvió al Hijo de Dios el dolor del sufrimiento? La teología también delinea la respuesta: el sufrimiento fue, desde la perspectiva teológica, la ocasión que permitió al Hijo de Dios hacerse plenamente hombre.

Aguazando el sentido teológico, el sufrimiento fue el molde en que el Hijo de Dios llevó a plenitud el proceso de la encarnación (ver: Flp 2,1-11). Repitémoslo; el sufrimiento fue la mediación que hizo posible que el Hijo de Dios se hiciera hombre plenamente; pues, si no hubiera sufrido no habría palpado con hondura la caducidad de la existencia humana.

2/2.

El horizonte de Pablo de Tarso.

Al contraluz de Jesús, descuella la figura del apóstol Pablo. Como revela la Escritura, Pablo destacó, en los albores de su vida adulta, por su furia contra los cristianos; pero un día, como el mismo relata, vivió un proceso de conversión:

"Aquel que me escogió desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, se dignó revelar a su Hijo en mí para que lo anunciara a los gentiles" (Gál 1,15).

Seducido por el Resucitado, buscó un tiempo de reflexión en Arabia y Damasco. Al cabo de tres años, subió a Jerusalén para conocer a Cefas (Pedro); establecida la comunión con Pedro, viajó a Siria y Cilicia para predicar el evangelio.

El testimonio de su predicación era tan intenso que pudo afirmar: **"(la gente) glorifica a Dios por causa mía"** (Gál 1,13-24); es decir, viendo el testimonio cristiano que destilaba la vida de Pablo, la gente glorificaba al Señor que le había elegido para proclamar el evangelio.

Como sabemos, Pablo tuvo que vencer muchas contrariedades para perseverar en la tarea misionera. Quizá uno de los mayores adversarios que encontró en su camino fueron los grupos judaizantes. Definir la identidad teológica de los cristianos judaizantes en pocas palabras es una tarea difícil, pues conformaban comunidades diversas.

La característica más esencial de los cristianos judaizantes consistía en que se creían investidos de un carácter especial; pensaban, erróneamente, que lo más importante de la vida cristiana estribaba en observar las prácticas culturales del judaísmo, como pudiera ser la observancia del sábado o la prohibición de comer ciertos alimentos. Muy a menudo, Pablo les recordará que la esencia del cristianismo radica en el encuentro con el Señor Resucitado, encuentro que encauza la vida del cristiano por el cauce del amor a Dios y al prójimo (Rom 1,16-17; Mt 22,37-39).

Aduciendo una vez más la perspectiva catequética, imaginemos un encuentro entre Pablo y los cristianos judaizantes. Los judaizantes se vanagloriaran de su empeño por extender el

El sufrimiento es la ocasión que le permite a Pablo sentirse como Jesús cuando entregaba su vida por amor

mensaje cristiano y menospreciaban la ingente tarea de Pablo a favor de la Buena Nueva. Ante el desprecio de los judaizantes, Pablo habría podido argumentar su pasión a favor del evangelio enumerando, por ejemplo, las Cartas que había escrito (Romanos, Corintios, Gálatas, etc.), o citando las numerosas comunidades cristianas que había fundado. Sin duda, Pablo tenía argumentos solventes para acreditar su afán misionero; pero cuando los judaizantes le preguntaron sobre lo que había hecho por el evangelio, dio una respuesta sorprendente:

"Nos acreditamos ante todo como ministros de Dios con mucha paciencia en tribulaciones, infortunios, apuros; en golpes, cárceles, motines, fatigas, noches sin dormir y días sin comer" (2Cor 6,4-5).

Cuando los judaizantes preguntan a Pablo sobre lo que ha hecho por el evangelio, el apóstol enumera el sufrimiento que ha padecido por su fidelidad a Jesús y por su tesón para sembrar la Buena Noticia. Además del sufrimiento por extender el evangelio, Pablo enumera otra causa de aflicción:

"Para que no me engría, se me ha dado una espina en la carne: un emisario de Satanás que me abofetea para que no me engría" (2Cor 12,7).

Añade el apóstol:

"Tres veces le he pedido al Señor que lo apartase de mí y me ha respondido: 'Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad'. Así que muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo" (2Cor 12,8-9).

Mucho se ha discutido sobre la naturaleza de la espina que tanto amargó la existencia del apóstol; algunos comentaristas entienden que era una dolencia moral, mientras otros se inclinan por una dolencia física. Sea lo fuere y al decir de los comentaristas, parece que Pablo tenía una saluda endeble. Sin embargo, conocedor de su debilidad, certificó ante los judaizantes:

"Vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2Cor 12,10).

¿Qué significa la declaración de Pablo? Cuando el apóstol se gloria de su debilidad, no declara que se alegre o busque el sufrimiento por sí mismo, eso sería una actitud masoquista carente de sentido. Señala que la persecución que padece a causa de su fidelidad al evangelio le hace sentirse como Jesús cuando, fiel al designio del Padre, entregaba la vida en la cruz para la salvación de la humanidad entera. En definitiva, el sufrimiento es la ocasión que le permite a Pablo sentirse como Jesús cuando entregaba su vida por amor. Los discípulos del apóstol ahondarán en la confianza de su maestro y pondrán en labios de Pablo palabras certeras dirigidas a los cristianos de Colosas:

"Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo a favor de su cuerpo que es la Iglesia" (Col 1,24).

Como es obvio, la interpretación de la sentencia es discutida; pero el hondón de la reflexión pende de lo que acabamos de mentar, a saber, el sufrimiento a causa del evangelio propicia que Pablo pueda sentirse como Jesús cuando, fiel al mandato del Padre, entregaba su vida por amor.

Aguzando el sentido catequético, hemos expuesto como el sufrimiento constituye la ocasión privilegiada que permite al Hijo de Dios hacerse plenamente hombre, a la vez que permite al hombre que vive el evangelio, Pablo, sentirse como Jesús cuando entregaba su vida por amor a la humanidad; por eso decimos que el sufrimiento es un misterio. Actualmente la palabra "misterio" designa aquello que es complicado, obtuso, difícil de entender, pero en la antigüedad el término "misterio" adquiría un significado distinto. Un "misterio" era el ámbito, la ocasión o el tiempo propicio en que el hombre podía encontrarse personalmente con Dios; como hemos observado, el sufrimiento fue la ocasión privilegiada, el "misterio", en que Pablo pudo encontrarse íntimamente con Jesús, su salvador.

Cuando en nuestra tarea pastoral nos encontramos con un enfermo, no solo tenemos delante un ser que sufre, sino sobre todo, a una persona que vive un tiempo de "misterio", una ocasión privilegiada para encontrarse personalmente con Dios. La enfermedad es el tiempo oportuno para repetir ante el enfermo, con nuestra voz y con el testimonio de nuestra vida, las palabras de Jesús a los apóstoles: "¡No temas!" (ver: Mc 4,35-39). Como hemos señalado, la locución "¡no temas!" no alude solo a la tranquilidad psicológica que la presencia del voluntario confiere al enfermo, es, sobre todo, una invitación a la fe, una invitación a depositar el cauce de la vida en las buenas manos de Dios, el Señor de la vida.

3/

María, icono de la confianza y del acompañamiento.

La figura de María adquiere una especial relevancia en el evangelio. Ella es la doncella que, venciendo el miedo, dice al ángel: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38); es la madre, apostada al pie de la cruz, que oyó las palabras de Jesús: "Mujer, ahí tienes a tu hijo" (Jn 19,26).

Recogiendo el calor del evangelio, la historia del arte ha contemplado como los artistas plasmaban las múltiples facetas de la identidad de María: Anunciación, Visitación, Dolorosa, Piedad, etc.; entre las diversas imágenes, contemplaremos el rostro de María tras la imagen de la Piedad. Casi de inmediato, viene a nuestra memoria la imagen de la Virgen de la Piedad, esculpida por Miguel Ángel, y venerada en la primera capilla lateral de la basílica de san Pedro, en Roma. Miguel Ángel cinceló en mármol la figura de María que sostiene entre sus brazos el cuerpo yacente de Jesús. La fuerza de María radica sobre todo en la entereza de su mirada; una mirada que refleja el valor de una gran virtud: la piedad. ¿En qué consiste la virtud de la piedad? Tal vez el primer ejemplo nazca de la pluma de un poeta pagano, Virgilio, entre los versos de la Eneida. Como cuenta el poema, cuando los aqueos hubieron conquistado Troya, el troyano Eneas, hijo de Anquises, cogió a su padre en brazos y lo llevó a las naves. Los comentaristas medievales, apreciando la actitud de Eneas hacia su padre, le definieron como prototipo de hombre piadoso; pues entendieron que el amor de Eneas por su padre, Anquises, era tan intenso que ni siquiera el poder de la muerte lo podía romper. Entre dos personas,

existe piedad cuando el amor que existe entre ellas es tan intenso que ni siquiera las zarpas de la muerte lo pueden quebrar. Como decíamos, la figura de María, cincelada en la imagen de la Piedad, se caracteriza, sobre todo, por la mirada; una mirada que destila piedad. La mirada que María dirige a Jesús, su hijo, desvela la hondura de la piedad porque certifica que el amor de María por su hijo es tan hondo que ni tan siquiera el poder de la muerte ha podido romperlo. Cuando María contempla a su hijo muerto, su mirada destila piedad porque sus ojos reflejan la esperanza cierta de la resurrección del Señor; la certeza de que el amor de la madre por su hijo no ha quedado roto por las tinieblas de la muerte. La virtud de la piedad, entre otras muchas, convierte a María en el icono de la confianza y del acompañamiento. Ella venció el miedo y confió en Jesús durante toda su vida; por eso le acompañó siempre: antes de nacer le tuvo en su seno; mientras predicaba le acompañó en Palestina; cuando había muerto, según desvela la escultura de Miguel Ángel, le sostuvo en sus brazos; y, como narran los evangelios apócrifos, salió gozosa a su encuentro cuando había resucitado. El compromiso en la pastoral sanitaria nos impele a convertirnos en testigos de la piedad. Como hemos expuesto, la piedad no se asocia a un enjambre de beaterías sin valor; la piedad consiste en creer firmemente que la relación que Dios ha trenzado con nosotros por amor es tan sólida que ni siquiera las garras de la muerte podrán anularla (ver: Dt 7,7-8).

Cuando nos acercamos al enfermo, nos encontramos con un "misterio", con una persona que se encuentra, al decir de la Escritura, en un momento privilegiado para entablar una relación personal con Dios. Entonces, ante el enfermo debemos ser testigos de la piedad. Debemos ser cristianos valientes, sin miedo, para comunicar a quien sufre que la relación amorosa que Dios ha trenzado con él es más fuerte que el dolor y la muerte. ¡Solo el amor hace las cosas nuevas!





04/Maria, icono de la confianza.

Carlos Amigo Vallejo,
Cardenal Arzobispo Emérito de Sevilla.

El Señor es mi pastor, nada me falta, su cayado me sostiene (Salmo 23). Jesús en la cruz: ¡aquí tienes a tu madre! El discípulo la llevó a su casa. La colocó en el centro de su vida (Jn 19,27). ¡En qué buenas manos estamos! Pablo en la cárcel responde a quienes se burlan de él: ¿Yo sé de quién me he fiado? (2Tim 1, 12). Confiamos en Cristo y en María. Y Cristo y María se fían de nosotros. ¡El Señor está contigo!, le dice el ángel a María. Y María la Señora responde: ¡y yo estoy con Dios!

La confianza es algo fundamental e imprescindible en unas buenas relaciones. Es garantía de seguridad, de esperanza, de certidumbre y aliento, de paz. No es huida de la responsabilidad personal, ni sublimación del dolor, del sufrimiento. Es una actitud virtuosa que debe ser acogida, como verdadero regalo de Dios. "De hecho, toda su espiritualidad implica al mismo tiempo acoger el amor divino y adorar con confianza al Señor por su infinito poder" (Laudato si 73).

Debilitan y obstruyen el ejercicio de esas nobles actitudes: la negación de los problemas y adversidades, la indiferencia, la resignación negativa, la confianza ciega en las soluciones técnicas (LS 14).

¿Por qué la desconfianza? ¿Se tiene recelo y precaución ante la responsabilidad y el compromiso?

¿Se valora negativamente la capacidad de la persona para responder a la palabra dada?

¿El relativismo generalizado es un subterfugio para declinar la confianza en los demás? ¿No quiere aceptarse la palabra de Dios como revelación de la verdad? ¿Se pone en duda la eficacia intercesión de la santísima virgen María y de los santos?

Confiraron y vencieron. Si grandes eran las dolencias, muchas más eficaces serán las medicinas (San Agustín).

La confianza en Dios y en María supone responsabilidad y libertad personal. Ni pasividad ni abandonismo pasivo. Contemplemos pues a María como icono de la confianza; como espléndido (fascinante, atractivo) modelo, que no solamente invita a confiar sino que ella misma es motivo, fuente y garantía para la confianza.

Palabras clave:

Confianza, María, Sufrimiento, Encarnación, Libertad.

The Lord is my shepherd, I shall not want (...) your rod and your staff they comfort me (Psalm 23). Jesus on the cross: "Behold your mother!" (...) The disciple took her to his own home. He placed her in the center of his life (John 19:27). "What good hands we are in!" Paul in prison responds to those teasing him: "I know whom I have believed" (2 Timothy 1, 12). We trust Christ and Mary and Christ and Mary trust us. "The Lord is with you!" says the Angel to Mary. And Mary says, "and I am with God!"

Trust is a fundamental and essential in good relations. It is a guarantee of security, hope, certainty, encouragement, and peace. It is not avoidance of personal responsibility or sublimation of pain or suffering. It is a virtuous attitude that should be welcome as a true gift from God. "Indeed, all sound spirituality entails both welcoming divine love and confident adoration of the Lord because of His infinite power" (Laudato Si 73).

They weaken and obstruct the exercise of those noble attitudes: denial of problems and adversities, indifference, negative resignation, blind faith in technical solutions (Luke 14). Why distrust? Does suspicion and caution appear when facing responsibility and commitment? Is ability of the person to respond to His word regarded negatively? Is generalized relativism a subterfuge for declining confidence in others? Is the word of God not accepted as a revelation of truth? Is the effectiveness intercession of the Blessed Virgin Mary and the Saints questioned?

They trusted and won. If big were ailments, much more effective medicines will be (St. Augustine). Trust in God and in Mary implies responsibility and personal freedom, not passivity or passive abandonism. Then, let's see Mary as an icon of trust; as a splendid (fascinating, attractive) model, who not only invites you to trust but is also a reason, source and guarantee for confidence herself.

Key words:

Trust, Mary, Suffering, Incarnation, Freedom.

1/

María, Madre y Modelo de Nuestra Confianza.

El icono, la imagen, es un símbolo que indica una relación de semejanza con el objeto que representa. A medida que va pintando el icono, se recomienda, al monje artista, que ha de ir poniendo belleza de virtud en su corazón. La imagen no le deja indiferente, pues, entre la representación y la vida espiritual se ha establecido una relación, una alianza. El hombre se hace imagen de aquello que el icono representa.

¿Dónde me viste que tan bien me pintaste? ¡En mi corazón, Señor! Así lo cuenta la tradición sobre un coloquio entre Cristo y el pintor **Diego Velázquez**. Del corazón a la belleza, de la hermosa al amor y a la confianza. El icono es representación, imagen, modelo de referencia, expresión sensible de escondidas e íntimas presencias.

La imagen es la voz; pero solamente Cristo es la Palabra. En el encuentro con la imagen se establece una especie de relación mística en la que el diálogo se hace íntimo, oracional, creyente. Tenemos confianza en las personas, pero sin olvidar que la gracia y la fuerza vienen del Señor.

Confianza es esa seguridad que genera una persona, la expresión de un pacto, de una alianza, de la valoración de alguien. Los conceptos y términos de confianza van más allá de simples expresiones, para convertirse en actitudes profundas de seguridad, de apoyo, de valoración, de garantía. El icono, la imagen, la representación más espléndida de la mujer que con más hondura confía en Dios y que vive plenamente identificada con Él es María, el más auténtico icono de nuestra Confianza.

2/

La Inmaculada y el triunfo de la gracia y del bien.

Vamos a hacer un recorrido contemplativo por los “lugares teológicos”, que son aquellos en los que hay que buscar la verdad, en este caso sobre María. Algo así como encontrarnos con el “evangelio de María”.

Ha llegado un tiempo nuevo: el de Cristo. La creación entera se reviste de aquella luz primera con la que fue adornado el hombre en su origen. Anuncio para días tan venturosos es el misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Dios viene y estará a nuestro lado. Tomará carne de nuestra misma naturaleza humana. La concepción Purísima de María es el pregón que proclama tan buena noticia: ¡El Verbo de Dios se hace hombre! Antes de haberte formado en el seno materno, te conocía. Y antes que nacieras, ya te había consagrado.

Estas palabras de la profecía (**Jer 1, 5**) se aplican al misterio de la Inmaculada Concepción.

Todo nace de Dios. Él es anterior a todo. Dios es el origen y la luz. Él es la fuente y manantial de la sabiduría y la luz que ilumina los misterios.

Más allá del pecado ha triunfado la gracia. El bien ha vencido a cualquier forma de mal. Cristo es la luz y María la lámpara que anuncia ese día resplandeciente completamente nuevo.

La Concepción Inmaculada de María es garantía de esperanza. Aval que ofrece la seguridad, la confianza de que el pecado ha sido vencido. María lo proclama con la gloriosa victoria de su hijo Jesucristo.

María Santísima, desde el primer momento de su concepción, es señal incuestionable de esa presencia del bien que Dios ofrece más allá de todas aquellas circunstancias que pretendieran empañar la gloria del Creador. El hombre había pecado, pero Dios enviará la salvación. Esta es la señal: una Mujer, elegida y santa, será la Madre del Mesías, la Madre del Redentor. La madre de nuestra confianza.

El misterio de la Inmaculada Concepción de María hace comprender mejor la verdadera vocación cristiana. Se contempla el insondable amor de Dios que, por encima de toda limitación del mal, busca la salvación de sus hijos. Cuando se trata de salvar al hombre, para Dios nada hay imposible.

Porque el amor es tan grande que vence todos los obstáculos. El amor de Jesucristo a su madre fue tal que la redimió con su misma sangre antes, incluso, de que fuera concebida. Dios es eterno y eterno es su amor. Ante el mal, la mejor de las respuestas evidentemente es la de la sabiduría de Dios: llenarlo todo de justicia y de gracia. Así lo hizo después del pecado de los hombres.

Vendrá el Justo. Y su Madre bendita, revestida de los más grandes bienes: Pura, Inmaculada. Es la santa rebeldía del bien, de la liberación, de la justicia, de la misericordia en favor de la

persona, de sus derechos y de la dignidad que Dios quiere para sus hijos. Querer el bien del hombre, decir bien del hombre, hacer bien al hombre. Muchos maestros así nos lo han recomendado.

El pecado (injusticia, soberbia, envidia...) genera desconfianza, prevaricación, corrupción. El poder el poder de la gracia de Dios vence el mal, el pecado, la angustia y la muerte. De la bondad de Dios naciera la alegría: ¡El Señor ha estado grande con nosotros!

3/

La Encarnación. Dios se hace hombre.

La imagen, el icono, el modelo nos enseña a ver a Dios en el rostro humano de Cristo. La presencia de María supone incondicionalmente una relación inseparable con el misterio del Verbo encarnado. Tan santa mujer quedó desconcertada ante el anuncio que el ángel le hacía. Pero ella responde: ¡aquí está la esclava del Señor que todo se realice según su palabra!

¡Lo que es capaz de hacer Dios cuando alguien se pone incondicionalmente en sus manos! Dios quiso enviar a su ángel Gabriel para que hablara con una mujer y le comunicara que había sido elegida para ser la madre del Mesías...

Aquí está la esclava del Señor... Y Dios se hizo hombre y la mujer Madre de Dios y discípula de su hijo Jesucristo.

Dios ponía en María toda su confianza: en sus santas manos de Java el cuidado del mismo hijo del Altísimo. María se convirtió en señal indeleble de la confianza de Dios hacia el hombre.

LH n.314

Ella será la Madre de la Divina Confianza. Después, María visita a su prima Santa Isabel. El magnificat es una confesión de seguridad basada en la humildad y en la verdad.

La confianza está unida al reconocimiento y gratitud: ¡se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador! La alegría es expresión de la humildad: ¡ha mirado con benevolencia a su esclava. ¡Vuelve a nosotros tus ojos! Sólo en Dios está la confianza segura. María es testigo, icono vivo de ello.

4/

Nacimiento de Jesús y la puntualidad de Dios.

No hay posada en la ciudad para su hijo. Pero la Señora de Belén abrirá la inmensidad de su corazón para recibir a su hijo. Pero, cuando llegó la plenitud de los tiempos... Dios viene a vivir con nosotros, habita entre nosotros. Dios siempre llega puntual. Jesucristo ayer hoy y siempre. Él es nuestra seguridad más allá de las circunstancias del tiempo. Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.

Con el nacimiento de Cristo, carne de nuestra carne, lo trascendente aparece manifestado. La imagen, lo sensible, libera de lo material y presenta lo trascendente. No es simplemente algo que se ve, sino un misterio que se vive gracias a que la imagen hace pensar en él. A través de lo humano, de los sentidos, se comprende que en él, Cristo, estaba la mano de Dios... En María se comprende que Cristo es Dios.

¡Tengo que ocuparme de asuntos más importantes!, dice Jesús a sus padres cuando encuentran a su hijo después de tantos días de angustia... María no comprendía muchas de las cosas que le pasaban a su Hijo.

Pero todo lo guardaba en su corazón. Es que los misterios grandes, no se comprenden, se viven. Son misterios, no por incomprensibles, sino por admirables, sublimes e inmensos.

Después, Caná, el: Santuario de la Confianza. El agua se convierte en vino. Cuando llega la Palabra el conocimiento la imagen se desvanece. La imagen tiene su tarea, que desaparece cuando se llega al encuentro con lo que ese icono representa. La imagen pasa, pero lo que la imagen representa permanece. ¡Haced lo que él os diga! María enseña a escuchar a Jesús y a confiar en su palabra. María reza a Jesús... Confía en su Hijo y nosotros en la mediación de su madre, que acoge nuestro desvalimiento, nos toma de su cuenta y lo pone en las manos de su Hijo.

5/

En la pasión y en la muerte de su Hijo.

¡Este era el hijo de Dios! El icono no es Dios, pero habla de Dios. Hemos llegado al calvario con María, la madre de Jesús. Vimos a su Hijo humillado y escarnecido, clavado y muerto en la cruz. Mirad y ved si puede haber dolor más inmenso que el dolor de la Madre. Tan grande ha sido, que Dios ha hecho, en ese sublime dolor, el milagro de la transformarlo en esperanza. Y desde aquel día, y ya para siempre, Ella será, para todos los redimidos con la sangre de su Hijo, la Madre de la , de la confianza en Dios.

Cristo se olvida de sí mismo y piensa en los demás: enemigos, ladrón, nosotros, María... Fuimos los más favorecidos. Nos dejó lo que más quería. su Madre. ¿Y a nosotros, que estamos aquí junto a Juan, qué nos vas a dejar? Para vosotros, lo que más quiero: mi Madre. Y el discípulo la llevó a su casa.

A través de lo humano, de los sentidos, se comprende que en él, Cristo, estaba la mano de Dios... En María se comprende que Cristo es Dios

6/

La Pascua de María.

En la homilía de la Vigilia Pascual (4-4-2015), el **Papa Francisco** recordaba a las mujeres discípulas de Jesús.

“Velaron aquella noche, junto a la Madre. Y ella, la Virgen Madre, les ayudó a no perder la fe y la esperanza. Así, no permanecieron prisioneras del miedo y del dolor, sino que salieron con las primeras luces del alba, llevando en las manos sus unguentos y con el corazón ungido de amor. Salieron y encontraron la tumba abierta. Y entraron. Velaron, salieron y entraron en el misterio”.

El Espíritu Santo vendrá sobre ti le dice el ángel a María. Ahora ha llegado a nosotros. Es el Vivificador . Por obra y gracia del Espíritu Santo María es también Madre de la Iglesia.

La ascensión de la Virgen María no es sino la consecuencia de su elección para ser la Madre de Dios, y por su singular privilegio de estar limpia de todo pecado desde el primer momento de su concepción.

María es figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada, consuelo y esperanza de un pueblo todavía peregrino en la tierra. La esperanza no se apoya en un simple aguardar, sino que es empeño en vivir confiadamente el Evangelio.

María Santísima elevada al cielo en cuerpo y alma. La persona completa. Lo cual quiere decir que también el cuerpo tiene un lugar en el aprecio de Dios. Inseparables cuerpo y alma, maravillosa unidad que significa la coherencia

No solamente le dio cobijo. Sino que la puso en el centro de su vida. Juan miraba a la Santísima Virgen y aprendía en Ella las mejores lecciones del amor más grande a Dios. Juan, el discípulo, viendo a la Madre, se acordaba que Jesucristo se la había confiado como madre y protectora. Las lágrimas de la madre por sus hijos son como agua de bautismo que sanan y purifican. ¡Nunca se puede perder un hijo que tantas lágrimas están costando a su madre! Así se lo decía el obispo a la desconsolada Mónica ante el sufrimiento que le estaba causando su hijo Agustín.

Sublime y muy gozoso misterio del amor de Dios es el que se nos presenta en María. Un amor que brilla con el sacrificio redentor de Jesucristo. Cristo llevó el sufrimiento para que su madre recibiera la gracia y el gozo. El hijo cargaría con la cruz de la ignominia para que su madre pudiera tener la honra. El redentor tuvo corona de espinas para que su madre pudiera estar, desde el instante de su concepción, limpia llena de gracia. ¿Qué mejor honor para un hijo que redimir a su madre? ¿Qué mayor honra para la Madre que ser redimida por la sangre de su propio hijo? Singular privilegio de María Santísima y amor infinito de Cristo que quiere que su Madre fuera la primera y la más bendita entre todos los redimidos.

“Al pie de la cruz, María junto con Juan, el discípulo del amor, es testigo de las palabras de perdón que salen de la boca de Jesús. El perdón supremo ofrecido a quien lo ha crucificado nos muestra hasta dónde puede llegar la misericordia de Dios. María atestigua que la misericordia del Hijo de Dios no conoce límites y alcanza a todos sin excluir a ninguno. Dirijamos a ella la antigua y siempre nueva oración del Salve Regina, para que nunca se canse de volver a nosotros sus ojos misericordiosos y nos haga dignos de contemplar el rostro de la misericordia, su Hijo Jesús” (Misericordiae vultus 24).

LH n.314

entre la vivencia espiritual y el comportamiento de cada día en la realidad personal que cada uno debe vivir entre los que forman una misma comunidad humana.

Coronada como Señora del universo, cuida de todas las criaturas, pero de una manera particular, de por los redimidos por sus hijos en Cristo. La coronación de María es la señal de que Dios cumple sus promesas. El Señor ha hecho grandes maravillas en María.

7/

Madre de misericordia y de nuestra confianza.

La contemplación de la Misericordiosa (icono vivo) lleva al ejercicio de la misericordia, que no es simplemente dar, sino meterse en la situación del otro y tomarlo de la propia cuenta. Aliviar las heridas con el óleo de la consolación, vendarlas con la misericordia, curarlas con la solidaridad y la debida atención, como nos enseña el Papa Francisco.

En María, como imagen viva de nuestra confianza se armonizan unas voces: Alegría, que es gozo indecible en el reconocimiento de que Dios es grande y siempre dispuesto a proteger y consolar a sus hijos. Esperanza, que es seguridad de que aquello que ha prometido Dios se cumplirá; y todo lo que promete Dios no puede sino ser bueno. Misericordia que es ofrecer a los demás lo que de Cristo ha recibido cada uno.

Primero María fue profeta que proclamaba la misericordia de Dios. Después, María ha experimentado la misericordia. Sabe, como nadie lo que es la abundancia del favor de Dios y también lo que lleva de sufrimiento la participación en la obra redentora de su Hijo.

“Nadie ha experimentado, como la Madre del Crucificado el misterio de la cruz, el pasmoso encuentro de la trascendente justicia divina con el amor: el beso dado por la misericordia a la justicia” (DM 9).

Bien merecido tiene María el título de Madre de la misericordia. Por haber sido elegida para ser Madre del misericordioso, por la identificación junto al Hijo crucificado, por acercar a los hijos redimidos a la fuente del amor misericordioso del Redentor. Y de “generación en generación” la historia del pueblo creyente expresa su convencido amor a la Madre de la misericordia.

María icono de la misericordia por ser la llena de gracia, de la caridad por la maternidad divina, de la perseverancia por la entrega sacrificial, de la esperanza por la ascensión en cuerpo y alma y ser Madre de la Iglesia. Icono de confianza por la devoción auténtica y sincera: que no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos lleva a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa al amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes.

Vamos a visitar un hospital muy especial: el hospital de las misericordias de Dios. Allí se curan todas las heridas, las más profundas y sangrantes las que pueden verse y las que quedan en el interior y el sufrimiento de cada uno. Recordar el feliz pensamiento de San Juan de Ávila, que llama a María “**enfermera del hospital de la misericordia de Dios**” (In Nat. V.M. III, 20).

8/

Totus tuus o la espiritualidad de la confianza.

San Juan Pablo II es admirable ejemplo de confianza en María: soy todo tuyo Espiritualidad de la confianza: configuración interior y actitudes humanas y cristianas coherentes entre la fe y el comportamiento: esperanzada, un confiado abandono en la acción del Espíritu; segura, según la antigua plegaria mariana: bajo tu amparo nos acogemos, ¡oh Madre de Dios!

¡Sub tuum praesidium!; misericordiosa, nos ha tomado de su cuenta; Cristológica por los méritos de su hijo; eclesial; contemplativa, al mirar constantemente el rostro de Cristo y ver en sus ojos la imagen de María; reconciliadora, por estar unida al sacrificio redentor de su hijo; filial, invocarla como Madre de la Confianza; sacramental, como signo lleno de gracia; testimonial: vivir lo que se cree y querer lo que se vive

María, icono, modelo, referente, vida ejemplar, icono de confianza. La visión del Apocalipsis: una mujer vestida del sol, la luna bajo sus pies y una corona de estrellas en su cabeza (12,1). Las doce estrellas de María, Madre de Nuestra Confianza: Madre de Dios, Inmaculada, Encarnación, Visitación, Nacimiento, Jesús en el Templo, Caná, Pasión y Muerte, Pentecostés, Ascunción a los Cielos, Madre de Misericordia, Icono de nuestra espiritualidad de la confianza.

“El pensamiento se dirige ahora a la Madre de la Misericordia. La dulzura de su mirada nos acompañe en este Año Santo, para que todos podamos redescubrir la alegría de la

ternura de Dios. Ninguno como María ha conocido la profundidad del misterio de Dios hecho hombre. Todo en su vida fue plasmado por la presencia de la misericordia hecha carne. La Madre del Crucificado Resucitado entró en el santuario de la misericordia divina porque participó íntimamente en el misterio de su amor” (Misericordiae vultus 24)



05/Iconos de la confianza en Dios: San Vicente de Paúl.

M^a Ángeles Infante,
Hijas de la Caridad.

En esta semblanza biográfica, la autora expone, desde su más profundo conocimiento sobre la figura de San Vicente de Paúl, como éste dedicó su vida a Dios por su infinita bondad y confianza en Él.

Palabras clave:
Confianza, Servicio, Enfermo, Caridad, Maestro.

In this biographical sketch the author explains -from her deepest understanding of the figure of St. Vincent de Paul- how he dedicated his life to God due to his his Goodness and trust in Him.

Key words:
Trust, Service, Sick, Charity, Teacher.

1/

La confianza en Dios en la base de su conversión.

Vicente de Paul era sacerdote desde el 3 de septiembre de 1600. Habían pasado 16 años y apenas había ejercido su ministerio de pastor, sólo un año en la parroquia de Clichy.

Desde 1613 era preceptor de los hijos de los señores de Gondí y vivía en el palacio de Montmirail, cercano a Paris. Estaba bien situado, acumulaba varios beneficios o puestos eclesiásticos, poseía una buena cultura: bachiller en teología por la Universidad de Toulouse y licenciado en Derecho y cobraba mensualmente un excelente sueldo. Era un sacerdote bien acomodado.

Un día de enero de 1617 se encontraba Vicente acompañando a la señora de Gondí, en el castillo de Folleville, por tierras de Picardía.

Desde la cercana localidad de Gannes, a dos leguas de distancia, llegó el aviso de que un campesino moribundo quería ver al Sr. Vicente. Este acudió inmediatamente a la cabecera del enfermo.

En el humilde tugurio, Vicente se sentó junto al lecho del enfermo para oír su confesión. Le animó a que la hiciera general de toda su vida.

El campesino empezó a desgranar el triste rosario de sus pecados. Era más de lo que Vicente había sospechado. Aquel hombre tenía fama de honrado y virtuoso.

Pero en su conciencia guardaba recelosamente miserias que nunca había revelado. Año tras año, confesión tras confesión, había callado -vergüenza, ignorancia, hipocresía- las faltas más graves de su vida. Vicente tuvo el sentimiento de que, en un último momento de gracia, arrancaba un alma de las garras del maligno. El campesino sintió lo mismo.

El secreto: **la confianza en la infinita misericordia de Dios** que le había transmitido aquel confesor. Los remordimientos de toda una vida abandonaron su alma. Respiró liberado.

De no haber sido por aquella confesión general, se hubiera condenado eternamente. Le invadió un gozo incontenible. Hizo entrar en la pobre estancia a su familia, a sus vecinos, a la misma señora de Gondí.

Y relató su caso. En los tres días que aún vivió confesó públicamente pecados que antes no había osado revelar en secreto. Daba gracias a Dios, que le había salvado por medio de aquella confesión general. La señora de Gondí se estremeció de terror:

“Señor Vicente: ¿qué es lo que acabamos de oír? Esto mismo les pasa, sin duda, a la mayor parte de estas gentes. Si este hombre, que pasaba por hombre de bien, estaba en estado de condenación, ¿qué ocurrirá con los demás, que viven tan mal? ¡Ay, Sr. Vicente, cuántas almas se pierden! ¿Qué remedio podemos poner?”¹.

1. SAN VICENTE DE PAÚL: Obras completas, Ed Sígueme. Salamanca, 1973, tomo XI, p. 699.

2/

El éxito pastoral de la confianza en la misericordia divina.

De común acuerdo, el joven sacerdote Vicente de Paul y la señora de Gondí encontraron un remedio: predicar e instruir al pueblo sobre el amor de Dios y la confianza en su infinita misericordia. Eso es fundamental para recibir el sacramento del perdón.

La semana siguiente Vicente predicaría en la iglesia de Folleville un sermón sobre la confianza en la infinita misericordia de Dios que perdona siembre, la confesión general y la manera de hacerla bien. Se escogió para ello el miércoles 25 de enero, fiesta de la Conversión de San Pablo. Vicente subió al púlpito.

Tenía ante él al humilde pueblo campesino de todos los rincones de Francia: los mismos hombres, embrutecidos por el trabajo, de su lejano Pouy natal; las mismas mujeres ignorantes y piadosas; los mismos jóvenes y los mismos niños, de rostros todavía intactos, pero cuyos ojos acusaban ya la mordedura secreta del pecado.

Vicente tenía sólo sus palabras: misericordia divina y confianza en el perdón; palabra y ardiente compasión por aquellos hermanos suyos abandonados pastoralmente. Predicó con claridad y fuerza. Instruyó, conmovió, arrastró. “**Dios bendijo mis palabras**”, dice él sobriamente.

La gente, la pobre y buena gente, acudió en masa a confesarse. Vicente y el sacerdote que le acompañaba no daban abasto. Hubo que pedir ayuda a los jesuitas de Amiéns, de lo que se encargó la señora de Gondí. Vino el

rector en persona, sustituido luego por otro compañero suyo, el **P. Fourché**. Aun así se vieron desbordados por la afluencia de penitentes. Repitieron la predicación y las exhortaciones en las aldeas vecinas, siempre con el mismo éxito².

Fue una revelación. Vicente sintió que aquella era su misión, aquella era para él la obra de Dios: llevar el Evangelio al pobre pueblo campesino. No fundó nada aquel día. Acaso, ni siquiera tuvo la idea de que hiciera falta una fundación. Sólo predicó un sermón, “**el primer sermón de misión**”³.

Pasarían ocho años antes de que pusiera en marcha la Congregación de la Misión. Y, sin embargo, toda su vida haría que sus misioneros celebraran el 25 de enero como la fiesta del nacimiento de la Congregación de la Misión.

3/

La organización de la caridad, gracias a la confianza,

Volvió a Montmirail, pero tan tocado por la gracia y la fuerza de la confianza en la misericordia divina que consiguió que su director espiritual Pedro Bérulle le ayudase a discernir la respuesta que debía dar a Dios.

Por los padres del Oratorio de Lyon sabía Bérulle que se encontraba vacante una parroquia de aquella diócesis, Chatillon-les-Dombes, y que se buscaba para ella un pastor competente y celoso. Le ofreció el puesto a Vicente. Este partió inmediatamente para su nuevo destino pretextando un pequeño viaje inaplazable, pero sin comunicar a la familia Gondí sus verdaderas intenciones. La situación espiritual era deplorable.

2. S.V.P: tomo XI o. c., E.S. p. 698-700.

3. S.V.P: tomo XI o. c., E.S. p. 700.

LH n.314

El pequeño hospital y la casa parroquial amenazaban ruina.

En el pueblo había seis capellanes, cuya vida distaba mucho de ser ejemplar: frecuentaban las tabernas y lugares de juego, cobraban por administrar el sacramento de la penitencia, obligaban a los niños a confesarse en público, delante de sus camaradas; algunos de ellos tenían en sus casas mujeres de dudosa fama.

El resto de los habitantes no desentonaba de los ejemplos del clero. Los hugonotes vivían en el libertinaje, consentido y fomentado por sus propios ministros. Los católicos desmentían su fe con la relajación de sus costumbres.

Vicente tenía delante una tarea inmensa. Buscó ayuda, y la encontró en un buen sacerdote de Bresse, **Luis Girard**, doctor en teología, que consintió en convertirse en su vicario. Y se puso al trabajo lleno de confianza en Dios y en su divina Providencia. Pronto logró reformar el clero y el pueblo.

Un domingo, mientras se revestía para la misa, la señora de Chaissagne entró en la sacristía para decirle que, en las afueras del pueblo, una pobre familia se encontraba en estado de extrema necesidad. Todos estaban enfermos y no tenían a nadie que los asistiera.

Carecían además de medicinas y alimentos. El buen sacerdote sintió oprimírsele el corazón. En la homilía expuso a los fieles con acentos conmovedores la necesidad de aquella familia.

Su compasión fue contagiosa o, como él diría, “**Dios tocó el corazón**” de los oyentes. Por la tarde, después de vísperas, Vicente, acompañado de un honrado burgués de la villa, se puso en camino para visitar a aquellos desgraciados.

Cuál no sería su sorpresa al ir encontrando por el camino multitud de personas que iban o venían del mismo caritativo cometido. Como hacía calor -era probablemente el día 20 de agosto-, muchas de ellas se sentaban a lo largo

de los senderos para descansar y refrescarse un poco. Aquello parecía una romería.

Vicente llegó y comprobó por sí mismo la extrema necesidad de la pobre gente. Administró los sacramentos a los más graves. Vio también la gran cantidad de socorros que los feligreses habían aportado.

Aquel espectáculo despertó sus reflexiones. Otro acontecimiento, otro signo de la Providencia, acababa de señalarle, una vez más, su camino.

“**Estos pobres enfermos -se dijo- han recibido hoy de golpe provisiones de sobra. Parte de ellas se les estropearán, y mañana se encontrarán en su primitivo estado. Esta caridad no está bien ordenada**”⁴. Era necesario organizarla.

Tres días más tarde, el miércoles 23 de agosto, Vicente ponía en marcha su proyecto. Reunía a un grupo de piadosas señoras del pueblo, entre las que no faltaban, por supuesto, Francisca Baschet y Carlota de Brie, y las animaba a crear una asociación para asistir a los pobres enfermos de la villa.

Se comprometían a empezar la buena obra al día siguiente, realizando el servicio cada día una, por orden de inscripción, encabezado por la castellana del lugar. Confío en Dios y también en las personas...

Acababa de nacer la primera Cofradía de la Caridad. A ésta, le seguirían otras en casi todas las parroquias de los pueblos. Con el paso del tiempo las Cofradías de la Caridad han dado lugar a la Asociación Internacional de Caridad (AIC).

Y por su confianza logró cambiar el rostro de la Iglesia de Francia en su tiempo. En 1625 fundará la Congregación de la Misión para predicar misiones en los pueblos y establecer Asociaciones de Caridad como fruto de la misión, instruir y formar al clero y evangelizar a los pobres.

4. ABELLY, LOUIS:
La vie du vénérable
serviteur de Dieu
Vincent de Paul...
(Paris 1664).
L.1 c.11 p. 46.

5. S.V.P. XIV p. 125.

Vicente de Paúl ve a un Dios demasiado bueno como fuente de su confianza

En 1633, junto con Santa Luisa de Marillac, fundan la Compañía de las Hijas de la Caridad destinadas al servicio de los pobres.

4/

Raíces familiares de su confianza en Dios:

En su hogar campesino de Pouy, al sur de Francia, recibió de sus padres, Juan de Paúl y Beltranda de Moras, una fe sencilla y llena de confianza en Dios.

Él la acoge, aprende y hace suya. Observa y fortalece sus convicciones de fe: Dios es demasiado bueno, y sus promesas son verdaderas...

Así lo proyecta él mismo, ante las Hijas de la Caridad, en la conferencia del 25 de enero de 1643:

“No hay nada que valga tanto como las personas que verdaderamente tienen el espíritu de los aldeanos; en ningún sitio se encuentra tanta Fe, tanto acudir a Dios en las necesidades, tanta gratitud para con Dios en medio de la prosperidad... ¿Habéis oído decir alguna vez, mis queridas hermanas, que se ha engañado quizás alguno de los que tuvieron confianza en Dios?”

¡Ni mucho menos, hijas mías! Dios es demasiado bueno, y sus promesas son verdaderas. ¿No sabéis que les ha prometido a todos los que dejen cuanto tienen por amor suyo que tendrán el céntuplo en este mundo y la gloria en el otro?” (SVP: IX/1, 92, 98; 25-01-1643)

El joven Vicente había recibido, a la vez, la luz del día y la de luz la fe: Dios formaba parte de su mundo campesino. Él le ve como **Creador** que ha ordenado los días y las estaciones que hace vivir y crecer a todos los seres creados, incluidas plantas, animales y hombres de su entorno. Le ve también como **el Padre** que provee a la subsistencia de sus hijos y de quien depende todo viviente.

Le ve como **el Señor** de quien deriva toda autoridad desde el rey hasta el último de los palurdos; y ante Quien un día hemos de rendir cuentas todas las personas, tras un juicio de misericordia, pero juicio, tal como aparece en el capítulo 25 del Evangelio de Mateo.

Este Señor es Jesús de Nazaret, el misionero del Padre, el enviado para salvarnos y hacernos entender que Dios Padre quiere misericordia y no sacrificios, por eso Vicente de Paúl confía en Él y enseña a confiar, contemplándole como adorador del Padre, servidor de su designio de amor y evangelizador de los pobres.

Honar al Señor Jesús es confiar ilimitadamente en Dios Padre. Por eso **Vicente de Paúl ve a un Dios DEMASIADO BUENO como fuente de su CONFIANZA.**

5/

La confianza en Dios, experiencia que vive y proyecta:

En su oración. En las conferencias que imparte a los misioneros, a los sacerdotes y obispos miembros de las Conferencias de los martes o a las Hijas de la Caridad, eleva su espíritu a Dios de forma espontánea, lleno de confianza:

LH n.314

Señor mío y Dios mío, Jesucristo, Salvador mío, el más amable y amoroso de todos los hombres, que has practicado incomparablemente más que todos juntos la caridad y la paciencia, que has recibido más injusticias y afrentas que todos, y que has tenido por ellas menos resentimiento que nadie, escucha, por favor, la humildísima oración que te dirigimos, para que te plazca derramar sobre la Compañía el espíritu de la caridad y confianza que tú tuviste y el espíritu de mansedumbre y de paciencia que demostraste con tus amigos..., a fin de que, por la práctica de estas virtudes, se cumplan en ella los designios eternos de la adorable voluntad de Dios... Te lo pido lleno de confianza en tu misericordia infinita (SVP: IX/1, 280-281).

En su catequesis, proyecta su fe y su experiencia de confianza en Dios como buen campesino de origen:

¿Habéis visto jamás a personas más llenas de confianza en Dios que los buenos aldeanos? Siembran sus granos, luego esperan de Dios el beneficio de su cosecha; y si Dios permite que no sea buena, no por eso dejan de tener confianza en Él para su alimento de todo el año.

Tienen a veces pérdidas, pero el amor que tienen a su pobreza, por sumisión a Dios, les hace decir: «¡Dios nos lo había dado, Dios nos lo quita, sea bendito su santo nombre!». Y con tal que puedan vivir, como esto no les falta nunca, no se preocupan por el porvenir” (SVP: IX/1, 99; 25-01-1643).

En su predicación manifiesta su confianza en Dios y pide a los misioneros que la irradian en sus palabras:

“En nombre de Dios, padre, use de todas las precauciones que su empleo le permita, con la confianza de que Aquel que, desde toda la eternidad, le ha escogido para la asistencia de los pobres de esos barrios, le conservará como la pupila de sus ojos, tanto como su gloria y el bien de usted lo requiera” (SVP: I, 378, carta a un misionero 19-10-1636).

En el servicio a los enfermos pide sus seguidores la confianza en la divina Providencia:

“Como fuente de consuelo: Animadles a sufrir por el amor de Dios, no os irritéis jamás contra ellos y no les digáis palabras duras; bastante tienen con sufrir su mal. Pensad que sois su ángel de la guarda visible, su padre y su madre... Llorad con ellos; Dios os ha constituido para que seáis su consuelo” (SVP: IX/1, 25).

“Consolaos con este pensamiento, cuando vayáis a visitar a los enfermos y en todo lo que hagáis: He de esperar de la bondad de Dios, puesto que es él el que me ha llamado para esto, que me concederá la gracia de hacerlo virtuosamente” (SVP: IX/2, 1066).

“Para ofrecer confianza y aliento: Al salir para ir a visitarlos, elevar el corazón a Dios y decir: “¡Oh, Dios mío! Dame la gracia de consolar a ese pobre enfermo” (SVP: XI/3, 78).

“Como impulso para vivir en disponibilidad: Hay que estar dispuestas a ir a donde quiera que se os ordene, e incluso a pedirlo y decir: «Yo no soy ni de aquí ni de allí, sino de todas partes a donde Dios quiere que vaya»... Confiad... la Providencia jamás os faltará...

Hay que despojarse de todo y no tener nada propio. Vosotras habéis sido escogidas para estar de esta forma bajo la disposición de su Divina Providencia” (SVP: IX/1, 30).

En los conflictos de relación con los demás, poner el asunto en manos de la divina Providencia con mucha confianza: Así lo pone de relieve en una carta a un compañero de Annecy (1640) con dificultades comunitarias:

“Hay que hacer observar el Reglamento... por medio de una comunicación al superior general, quedando luego tranquilo, con la confianza de que nuestro Señor proveerá o por el cambio de superior, o porque ellos mismos cambiarán de opinión en algún Retiro o en alguna oración, en la que Dios les dé luz y fuerza para remediar ese defecto.

En una palabra, hay que poner esto en manos de la divina Providencia y quedarse tranquilo” (SVP: II, 63 25-07-1640).

Esta confianza le hace vivir con la mirada puesta en un Dios Providencia que se hace provisor y defensor de los pobres.

Por eso exclama repetidas veces frases llenas de confianza. De la abundancia del corazón habla la boca: “Esto es todavía más cierto que el que estamos todas presentes aquí”;

- “Por eso le dejamos hacer”...;

- “Yo había pensado llamaros Hijas de la Providencia por la necesidad de confianza que tenéis”;

- “Hay algo más evidente... La gracia tiene sus momentos;... Siempre hemos procurado seguirla”;

- “Las obras de Dios no se hacen de ese modo... Con precipitación y sin discernimiento”;

- “Dejemos actuar a Dios en nosotros... Aguardemos con paciencia y actuemos confiando en Dios y en los demás”;

Para que todos compartieran sus sentimientos, en el mes de septiembre de 1658 cuando el Parlamento de París emitió una sentencia decretando la expropiación de la finca de Orsigny de la cual obtenía muchos frutos para los pobres, san Vicente hizo una bella plática a la comunidad en la que sus ideas sobre la aceptación de los contratiempos y sus reflexiones sobre el consejo evangélico de no pleitear reciben la formulación definitiva:

“Hemos ganado mucho con esta pérdida, pues Dios nos ha quitado, con esta finca, la satisfacción que teníamos de poseerla y la que habríamos tenido de ir allá de vez en cuando; y ese deleite, por ser conforme a los sentidos, habría sido como un dulce veneno que mata, como un fuego que quema y destruye. Y ya estamos libres de este peligro por la misericordia de Dios; al estar más expuestos a las necesidades temporales, su divina bondad nos quiere también elevar a una mayor confianza en su providencia y obligarnos a abandonar en ella todas nuestras preocupaciones por las necesidades de la vida lo mismo que por las gracias de la salvación”.

6. San Vicente de Paúl, director de conciencia, Arnaldo d'Agnel; traducido por Pedro Alcántara Hernández. Madrid: Librería Religiosa Gabriel Molina, [1927].

7. S.V.P.: Correspondencia, Tomo I, carta nº 356, p. 499.

6/

Maestro interior
de la confianza en Dios.

El libro titulado San Vicente de Paúl, director de conciencia de **Arnaldo d'Agnel**⁶ pone de relieve esta faceta. Se percibe de forma muy expresiva en las orientaciones que da a **Luisa de Marillac** a partir de 1625 en que inicia su dirección espiritual: “Confíe en Dios y manténgase alegre, señorita”; “Dios es amor y quiere que vayamos a Él por amor”; “Esté siempre alegre, aunque tenga que disminuir un poco esa pequeña seriedad que la naturaleza le ha dado y que la gracia endulza, por la misericordia de Dios”⁷.

A las Hijas de la Caridad: «Hijas mías, tenéis que tener tan gran devoción, tan gran confianza y tan gran amor a esta divina Providencia que, si ella misma no os hubiese dado este hermoso nombre de Hijas de la Caridad, que jamás hay que cambiar, deberíais llevar el de Hijas de la Providencia, ya que ha sido ella la que os ha hecho nacer» (IX, 86).

A todas las personas a quienes dirige espiritualmente les pide confianza en Dios en estos tres ámbitos de la vida cristiana: la oración, la misión confiada y la experiencia de sufrimiento y cruz.

A las Hijas de la Caridad les dice expresamente: “Si os abandonáis en manos de la Providencia, Dios tendrá cuidado de vosotras; os conducirá, como de la mano” (IX/2, 1052).

El 9 de junio de 1658, dos años antes de su muerte dedica a las Hijas de la Caridad una Conferencia expresa sobre la Confianza.

En ella afirma: “Dios nos salva por los caminos que solo su Providencia sabe”... Insiste en que hay que aprender a confiar en la Providencia

como un niño en los brazos de su nodriza... Y para alentar la confianza en las Hermanas aporta las siguientes razones: Sabemos que Dios es bueno; Él nos ama con mucho cariño; Él desea nuestra perfección; también desea nuestra salvación; Piensa en nuestra alma y cuerpo y Quiere concedernos todo lo que necesitamos... Seguidamente explica con detalle qué actitudes conlleva el hecho de confiar en Dios y su Providencia:

- Vivir disponibles para la misión confiada por los superiores competentes,
- Aceptar la cruz y los sufrimientos que la vida nos depara,
- Dejarse conducir en las enfermedades y limitaciones, tanto físicas o psíquicas como en las espirituales.
- Soportar la tristeza y los abandonos interiores con paz,
- Saber que sin la gracia de Dios no podemos NADA...
- Conformarse con la Voluntad de Dios y cumplirla.

Por eso insiste: Ved cómo la confianza os es absolutamente necesaria para ir a todos los sitios a donde la Providencia os llame,... a fin de acudir al lado de los pobres miserables, especialmente los enfermos:

- en sus casas,
- en los hospitales,
- en las cárceles,
- en los campos de batalla.

A lo largo de la Conferencia San Vicente se pregunta por los motivos de la disponibilidad y creatividad de muchas Hermanas: ¿Quién es el que los mueve a ello? El amor a Dios, hijas mías, y nada más; la confianza en su Providencia” (IX/2, 1054). Y para alentar la confianza pone ejemplos de personas que la han

vivido, comenzando por Jesús de Nazaret.

La confianza en Dios y su Providencia genera disponibilidad para las obras y lugares de servicio y también hacia las personas con las que compartimos vida y misión: “Una Hermana que ha puesto su confianza en Dios, no se pone a mirar con quien la ponen...confía en Dios y en las personas”.

Y seguidamente pone ejemplos de personas que han vivido la confianza y el abandono, comenzando por Jesús de Nazaret. Es nuestro modelo y espejo de confianza en el Padre y en su divina Providencia:

“Tanto si os mandan a la ciudad o a las aldeas, o bien cuando permite que sufráis alguna tentación, someteos a la Providencia. Estad seguras de que ella os conservará, pero entregaos a Dios y pedidle que le plazca disponer de vosotras de la forma que quiera”... “Si lo hacéis así, haréis un acto de amor a Dios muy excelente, poniendo vuestra vida bajo su Providencia... Y aun cuando murierais en vuestra tarea,... entonces podéis imitar a Nuestro Señor, que fue obediente hasta la muerte de cruz” (IX/2, 1062).

Lleno de confianza, San Vicente fundó tres Instituciones fuertes de CARIDAD en la Iglesia: la Asociación Internacional de Caridades parroquiales (AIC), la Congregación de la Misión para evangelizar a los necesitados (CM) y las Hijas de la Caridad (HC).

Con las Hermanas rompió moldes creando algo nuevo en la Iglesia:

“Vuestro monasterio es la casa de los enfermos y aquella en la que reside la

superiora; vuestra celda es un cuarto de alquiler. En esto sois más semejantes a Nuestro Señor. Tenéis como capilla la iglesia parroquial, en la que tenéis que asistir siempre al santo sacrificio y dar buen ejemplo, siendo siempre la edificación del pueblo, aunque sin dejar por ello el servicio necesario a los enfermos. Vuestro claustro son las calles de la ciudad, por las que tenéis que ir para atender a los enfermos.

Vuestro claustro es la obediencia, ya que la obediencia tiene que ser vuestra clausura, no pasando nunca más allá de donde se os ha mandado y manteniéndoos encerradas allí dentro. Por reja tenéis el temor de Dios. Y por velo, lleváis la santa modestia... Teniendo presente que no han hecho ninguna otra profesión para asegurar su vocación más que la confianza en la divina Providencia; por eso tienen que tener tanta o más virtud que si hubieran profesado en una orden religiosa” (IX/2, 1179).

Implicó a mujeres y hombres laicos en el servicio de los pobres: les motivó, alentó, comprometió y CONFIÓ. Creo redes de CARIDAD que perduran en el tiempo... La CONFIANZA les impulsó a ir más allá, donde los pobres sufren y mueren...

San Vicente de Paúl, icono de confianza nos estimula e interroga. En nuestro corazón y en nuestras manos está la respuesta.



LH

HUMANIZACIÓN, PASTORAL Y ÉTICA DE LA SALUD
www.sanjuandedios.net

